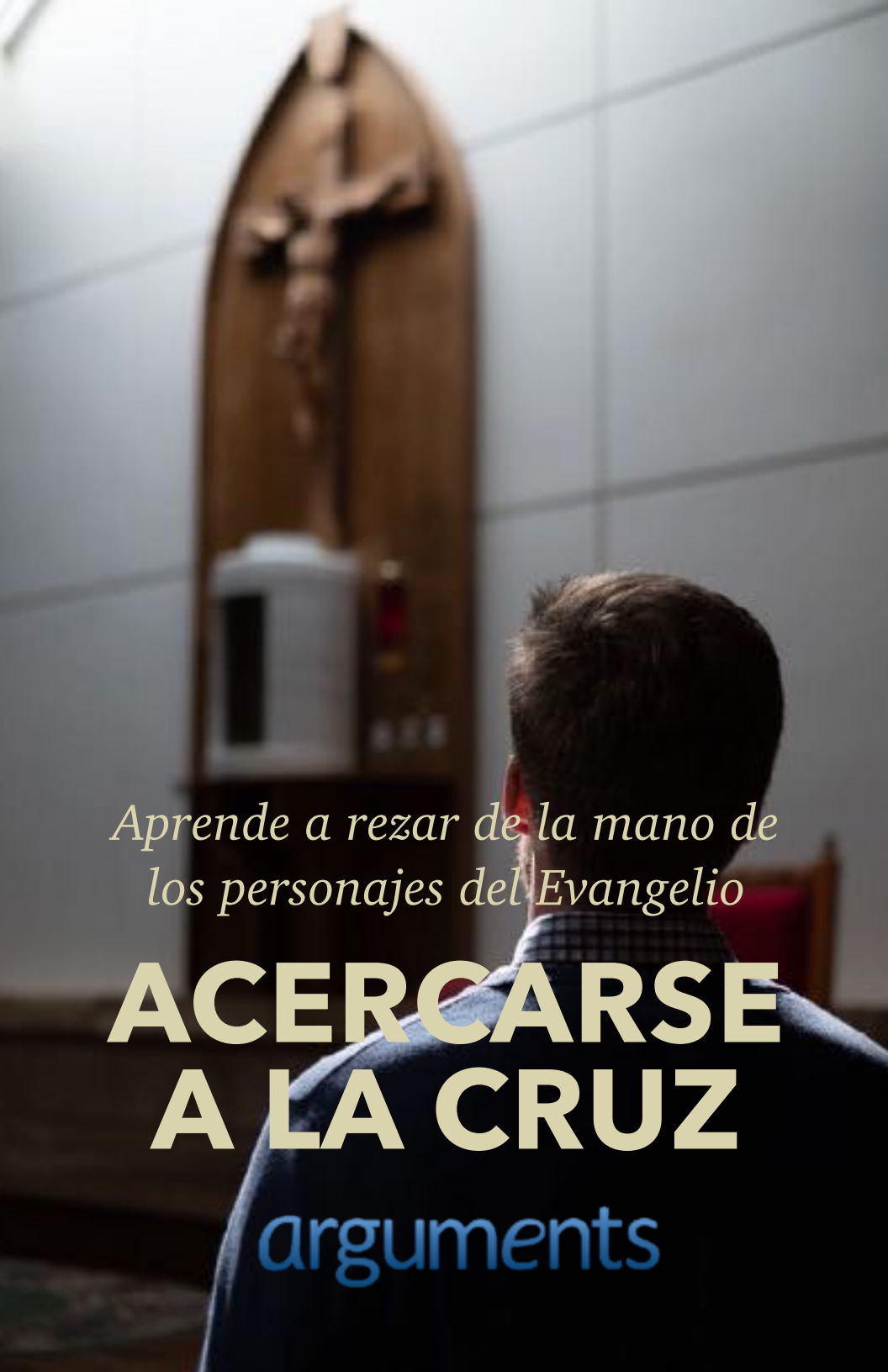


A man with short brown hair, seen from the back, is looking towards a large wooden crucifix mounted on a wall in a church. The crucifix is set within a tall, narrow, arched wooden frame. The background is a light-colored wall with a grid pattern. The man is wearing a blue shirt with a checkered collar.

*Aprende a rezar de la mano de
los personajes del Evangelio*

ACERCARSE A LA CRUZ

arguments

*Aprende a rezar de la mano de los
personajes del Evangelio*

ACERCARSE A LA CRUZ

AUTOR: DIEGO ZALBIDEA

© Arguments Catequesis

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares. Para cualquier cuestión puede escribirnos a catequesis@arguments.es

Primera edición: marzo de 2021

Todos los derechos reservados © Diego Zalbidea, 2021

Edita: Asociación Arguments

Imágenes: portada de Unplash (autor [Josh Applegate](#)), y pinturas del Museo del Prado y del Museo Thyssen.

Arguments Catequesis
Monasterio de la Oliva 7, 2º B,
31007, Pamplona, Navarra (España)
www.arguments.es

PRÓLOGO

“*Acercarse a la Cruz*” es una recopilación de los textos relacionados con la Pasión y Resurrección del Señor de la serie de “*La Vocación de los personajes del Evangelio*” dentro del proyecto: “Mi vocación es un regalo”, de Arguments. En esta ocasión el autor imagina cómo fue la vocación de algunos de los personajes del Evangelio.

NOTA DEL AUTOR

Hace mucho encontré esta historia y me encantó. Cada vez que la leo, la disfruto más:

.....

«Cuando aquella tarde llegó a la vieja estación le informaron que el tren en el que ella viajaría se retrasaría aproximadamente una hora. La elegante señora, un poco fastidiada, compró una revista, un paquete de galletas y una botella de agua para pasar el tiempo. Buscó un banco en el andén central y se sentó preparada para la espera.

Mientras hojeaba su revista, un joven se sentó a su lado y comenzó a leer un diario. Imprevistamente, la señora observó cómo aquel muchacho, sin decir una sola palabra, estiraba la mano, agarraba el paquete de galletas, lo abría y comenzaba a comerlas, una a una, despreocupadamente.

La mujer se molestó por esto, no quería ser grosera, pero tampoco dejar pasar aquella situación o hacer como si nada hubiera pasado; así que, con un gesto exagerado, tomó el paquete y sacó una galleta, la exhibió frente al joven y se la comió mirándolo fijamente a los ojos. Como respuesta, el joven tomó otra galleta y mirándola la puso en su boca y sonrió.

La señora ya enojada, tomó una nueva galleta y, con ostensibles señales de fastidio, volvió a comer otra, manteniendo de nuevo la mirada en el muchacho. El diálogo de miradas y

sonrisas continuó entre galleta y galleta. La señora cada vez más irritada, y el muchacho cada vez más sonriente.

Finalmente, la señora se dio cuenta de que en el paquete sólo quedaba la última galleta. “No podrá ser tan descarado”, pensó mientras miraba alternativamente al joven y al paquete de galletas. Con calma el joven alargó la mano, tomó la última galleta, y con mucha suavidad, la partió en dos y ofreció la mitad de la última galleta a su compañera de banco. “¡Gracias!”, dijo la mujer tomando con rudeza aquella mitad. “De nada”, contestó el joven sonriendo suavemente mientras comía su mitad.

Entonces el tren anunció su partida... La señora se levantó furiosa del banco y subió a su vagón. Al arrancar, desde la ventanilla de su asiento vio al muchacho todavía sentado en el andén y pensó: “¡Qué insolente, qué mal educado, qué será de este mundo con esta juventud!”. Sin dejar de mirar con resentimiento al joven, sintió la boca reseca por el disgusto que aquella situación le había provocado. Abrió su bolso para sacar la botella de agua y se quedó totalmente sorprendida cuando encontró, dentro de su cartera, su paquete de galletas intacto».

.....

A veces con Dios nos pasa lo mismo. Pensamos que nos quita algo, cuando en realidad nos está dando mucho más. **Es que mi vocación es un regalo.**

El Espíritu Santo ha inspirado la Sagrada Escritura pero no ha querido detallar todo. De algún modo quiere que nuestra historia sea parte de la del Hijo de Dios. Eso es lo que

he hecho al escribir estas páginas: pensar en mi vida a través de cada personaje. Tratar de hacer oración como un personaje más de la escena. Cada uno de los cristianos lo hace de una forma diferente. Hay mil formas de hacer oración. Al lado de cada capítulo aparecen las referencias a los lugares de evangelio donde aparece el personaje. Eso es lo único verdaderamente real. Al que le sirva este intento de oración, genial. Al que no, también genial, pero que, por favor, no pierda el tiempo leyéndolo.

Dios no se ata las manos y ayuda a cada uno de una forma muy creativa y diferente. A veces nos pasa como a la señora del relato. Ella pensaba que el chico era un ladrón, un sinvergüenza. Sin embargo la realidad era la contraria. Ese joven era un tesoro. Si se hubiera dado cuenta antes, lo querría como novio para alguna de sus nietas. Cuando se da cuenta ya ha desperdiciado la oportunidad de comer un paquete de galletas delicioso y totalmente gratis.

En el Evangelio hay muchos personajes que pasan por un proceso parecido. Al principio se revelan, pero terminan descubriendo que Dios disfruta haciendo regalos y aprenden a dejarse querer. Con la gracia, dejan de estar a la defensiva y disfrutan como nadie, aún en medio del dolor. Ver la vocación como un regalo no es fácil pero es la única forma de corresponder, de estar a la altura, de dejar a Dios hacer maravillas con nuestra pequeñez, con nuestra fragilidad.

¡Ojalá que esta forma de hacer oración, intentando imaginar cómo sería la historia completa de esos hombres y mujeres, nos ayude a disfrutar del paquete de galletas que Dios quiere compartir y a perder el miedo de que nos robe la

vida o la complique! ¡Ojalá seamos agradecidos y pongamos nuestro mayor empeño en hacer espacio en nuestro corazón a los dones de un Dios que quiere regalarnos todo su amor y su ternura!

ÍNDICE:

CAPÍTULO 1 - María de Betania: *«Cada uno tiene la mejor parte porque Dios no hace distinciones».*

CAPÍTULO 2 - Santa Marta: *«Servir es la mejor forma de vivir».*

CAPÍTULO 3 - Simón el fariseo: *«Esa pecadora fue el instrumento divino para abrir mi herida y sanar mi dolor».*

CAPÍTULO 4 - María Magdalena, la pecadora que más amó a Jesús.

CAPÍTULO 5 - Mujer adúltera, de lo peor a lo mejor en un instante a través del perdón.

CAPÍTULO 6 - Judas: *«Vendí a Jesús por 30 monedas de plata».*

CAPÍTULO 7 - Simón Iscariote, el padre de Judas.

CAPÍTULO 8 - Malco, soldado de la oreja: *«Es increíble, pero hay que perder la oreja para oír de verdad».*

CAPÍTULO 9 - Caifás: *«Sin darme cuenta anuncié que Jesús debía padecer por toda la nación».*

CAPÍTULO 10 - Soldado que pega una bofetada a Jesús: *«Le di un bofetón que todavía me duele a mí».*

CAPÍTULO 11 - Pilatos: *«Me limpié las manos, pero tenía el corazón manchado».*

CAPÍTULO 12 - Coronador de espinas: *«Jesús estaba coronado con lo peor de cada uno de nosotros».*

CAPÍTULO 13 - Soldado que se burla de Jesús: *«Yo le estaba torturando y él me hablaba de mi agonía».*

CAPÍTULO 14 - Flagelador: *«El mal lleva su castigo dentro de sí mismo, no perdona; Jesús sí».*

CAPÍTULO 15 - Claudia, la mujer de Pilatos: *«En el rostro de María descubrí todo el dolor que había soñado».*

CAPÍTULO 16 - Barrabás: *«Jesús murió por todos, pero especialmente para salvarme a mí».*

CAPÍTULO 17 - San Pedro y la mejor bronca de la historia.

CAPÍTULO 18 - Portera del templo: *«Pedro fue el instrumento para que yo me encontrara con su mirada».*

CAPÍTULO 19 - Mujeres en el camino de la Cruz: *«Jesús nos enseñó el sentido del sufrimiento».*

CAPÍTULO 20 - La Verónica: *«Mi misión es encontrar el rostro de Jesús escondido en el dolor de los hombres».*

CAPÍTULO 21 - Simón de Cirene: *«Tuve la suerte de ayudarlo a llevar la Cruz para salvar a la humanidad».*

CAPÍTULO 22 - San Juan, el apóstol que recibió a María.

CAPÍTULO 23 - Soldado de la túnica: *«Nunca suelo tener suerte, pero aquel día mi destino cambió».*

CAPÍTULO 24 - Mal ladrón: *«Todas mis vanas esperanzas se vieron truncadas, pensaba que él me salvaría».*

CAPÍTULO 25 - Dimas, el buen ladrón y el mejor golpe de la historia: *robar un sitio en el Cielo.*

CAPÍTULO 26 - La madre de Dimas, una madre consolada por la madre de Jesús.

CAPÍTULO 27 - Un escriba cerca de la Cruz.

CAPÍTULO 28 - Longinos, el centurión al pie de la Cruz que le atravesó el costado con su lanza.

CAPÍTULO 29 - José de Arimatea: *«Nuestra fe se había convertido en una referencia a nosotros mismos».*

CAPÍTULO 30 - Nicodemo, el hombre que iba a conversar con Jesús de noche.

CAPÍTULO 31 - María de Cleofás, una de las primeras mujeres en ser testigos de la Resurrección.

CAPÍTULO 32 - Los discípulos de Emaús, de la desilusión al subidón.

CAPÍTULO 33 - El discípulo que más tardó en reconocer a Jesús resucitado.

CAPÍTULO 34 - Matías, el apóstol elegido a suertes.

CAPÍTULO 35 - Santiago el Menor, «*Si Dios quiere, todo saldrá bien*».

CAPÍTULO 36 - Santiago el Mayor, el primer apóstol en dar la vida por Jesús.

CAPÍTULO 37 - Una madre siempre quiere lo mejor para sus hijos: uno a la derecha y otro a la izquierda de Jesús.

CAPÍTULO 1

MARÍA DE BETANIA: «CADA UNO TIENE LA MEJOR PARTE PORQUE DIOS NO HACE DISTINCIONES»



“En aquel tiempo, entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Esta tenía una hermana llamada María que, sentada junto a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Marta, en cambio, andaba muy afanada con los muchos servicios; hasta que, acercándose, dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Dile que me eche una mano». Respondiendo, le dijo el Señor: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; solo una es necesaria. María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será quitada»” (Lc 10,38-42).

La mejor parte...

La mejor parte. No una buena, ni siquiera muy buena. La mejor. Eso es lo que me ha tocado. El por qué no es nada fácil saberlo, pero es muy sencillo disfrutarlo. ¡Qué lo estudien los expertos y rabinos...! Sus palabras fueron claras y distintas. Me tocó la mejor parte y Jesús la defendió contra cualquiera que quisiera quitármela. ¿Alguien ha tenido un defensor tan eficaz?

Ya os imagináis con qué cara miré a mi hermana cuando Jesús lo dijo y qué mirada tan expresiva me devolvió. Jesús lo advirtió y la miró de tal forma que se le pasó inmediatamente el enfado. Se dio cuenta de que su parte también era la mejor. Es un misterio pero **cada uno tiene la mejor parte**. Dios es eternamente justo y no hace distinciones arbitrarias.

¡Qué feliz soy con mi parte! ¡Cómo disfruto recordando aquellos años en que Jesús y su madre venían con mucha frecuencia! ¡Qué sobremesas gozábamos charlando de todo y de nada, riendo y llorando, sintiéndonos amados por Jesús de una forma nueva y exclusiva!





Cada uno es único para él

Cada uno de los tres era único para él. Es curioso pero no sentíamos nada de envidia y eso que Jesús trataba a cada uno con detalles muy exclusivos. Nos alegraba mucho comprobarlo. Con él es muy fácil rechazar la envidia, la tristeza, las comparaciones y los celos. Cerca de él te sentías la única, la mejor, la más amada, la predilecta. Es como si diera un valor diferente a lo que eres y no sientes que lo bueno de los demás compita por acaparar su cariño. Al revés, te alegras al descubrir cómo querer también de forma irrepetible a tus hermanos, amigos y conocidos.

El amor de Jesús es así: muy especial, muy rico y muy fácil. ¡Es sencillísimo dejarse querer por alguien así! No exige, no reprocha, solo invita pero es uno el que quiere corresponder como sea. Cuando te ama no lo hace desde arriba ni desde fuera. No te hace ver tu pequeñez. La eleva, la llena de dignidad. Eres consciente de ella pero no te sientes pequeño porque él te hace ver el valor de tu vida a sus ojos. Todo cobra el color de su mirada: la más amable, la más delicada y la más estimulante.



Jesús es mi tesoro, pero Marta es el cofre

Yo no podía apartar mis ojos de él. Quería escuchar todas sus palabras, sus silencios y su respiración. Marta no paraba

de entrar y salir con mil cosas y resoplaba continuamente. Intuyo que ni la miré y eso no debió de gustarle. Jesús estaba tan feliz con mi atención como con la delicadeza de Marta para tener todo apunto. Le debo a mi hermana mi vocación, el momento más grande de mi vida y el amor que me quema el corazón. Nunca podré pagarle lo que hizo esa noche. Dejarme a solas con la mejor parte. Ella tenía su mejor parte pero respetó el deseo de Jesús con una alegría que me lanzó a dejarlo todo por él. Sin su ejemplo, su ayuda y su visión pegada a la tierra yo no sería tan feliz. Jesús es mi tesoro, pero Marta es el cofre sin el cual no podía guardarlo y disfrutarlo.

CAPÍTULO 2

SANTA MARTA: «SERVIR ES LA MEJOR FORMA DE VIVIR»



“Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas” (Lc 10, 41).



Me encanta mi nombre

Jesús me liberó, me dio paz, me dio el valor que necesitaba para ser yo misma, para hacer lo que yo quería, para disfrutar con lo que hacía: cuidar de mi hogar y de los míos. Me hizo el mejor regalo: me dio a entender que lo que yo hacía le encantaba.

Me dijo que necesitaba que yo disfrutara. Que sirviendo podía hacer muy felices a los demás y que era la mejor profesión del mundo. Que **servir es la mejor forma de vivir** una vida que valga la pena y que Él me tenía un premio preparado ya para aquí, sin esperar al Paraíso.

Me sentí entonces liberada. Sus palabras: *«Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas»* me sonaron a música celestial. Jesús nunca dijo el nombre de una misma persona dos veces como el mío. Que cada uno piense lo que quiera, pero yo estoy convencida de que le gustaba especialmente. Lo deletreo como paladeándolo. Nunca me había parecido tan bonito como entonces. Me encanta mi nombre porque Jesús, Dios hecho hombre, lo dijo con un cariño tremendo.



Le encantaba mi trabajo

Me estaba diciendo que podía ser muy feliz y muy santa con lo que tenía. Qué no me pre-ocupara. Que lo que hacía era tan grande que con eso Él era absolutamente feliz. Que no necesitaba nada más: solo encontrarle a Él en medio de todo ese trabajo. Yo estaba como atrapada pensando que me

faltaba algo y Jesús me dijo que lo podía encontrar allí mismo, sin moverme, sin dejar de hacer las cosas que hacía. Lo único que necesitaba era mirar de otra forma mi vida: como la miraba Él, con agradecimiento. Mis cuidados le encantaban. Se fijaba en todo, se daba cuenta hasta de la diferencia más pequeña: «Marta, has puesto una especia nueva, ¿es romero?».

Entonces **empecé a disfrutar de las cosas más minúsculas**. Hasta de los detalles más insignificantes. A partir de entonces cantaba mucho mientras hacía la casa, mientras cocinaba y limpiaba la ropa. Se me iba la imaginación a Jesús que me decía: «No te quiero preocupada. Lo que haces tiene un valor infinito. No hay nada que agrade tanto a mi Padre y me haga más feliz».

Jesús me hizo comprender lo que le encantaba mi trabajo. Me abrió su corazón. Me mostró sus sentimientos más profundos y ahí toda mi preocupación se diluyó, desapareció, se esfumó como por arte de gracia, no de magia.



Jesús me ofreció la mejor parte también a mí

Mi hermana María había escogido la mejor parte desde el principio. Yo llegué después, pero Jesús me ofreció la mejor parte también a mí, el mayor regalo, la herencia preciosa, una sorpresa indescriptible. Ahora soy muy feliz. Incluso alguna vez se me ha quemado la comida, algo que pasa en las mejores familias. Pero ya no pierdo la paz. Sufro, y a veces lloro, pero sé que Jesús me da siempre la mejor parte. **Él es**

fiel y no me la quitará. Yo puedo perderla, estropearla o ignorarla pero Él no se arrepiente. Siempre está ahí, esperándome.

Quiero vivir este regalo día a día, ocupada en lo que tengo entre manos y con el **corazón puesto en Jesús y en los que tengo que cuidar:** María, Lázaro, nuestros vecinos y parientes, mi casa. No me angustio ni me preocupo porque no me da ya miedo el futuro. Es de Jesús y Él cuida de mí, me da siempre lo mejor, la parte más fácil, el regalo más gordo.

CAPÍTULO 3

SIMÓN EL FARISEO: «ESA PECADORA FUE EL INSTRUMENTO DIVINO PARA ABRIR MI HERIDA Y SANAR MI DOLOR»



“Si este hombre fuera de veras un profeta, se daría cuenta de qué clase de persona es ésta que lo está tocando: una mujer de mala vida” (Lucas 7:36-50).

Estaba emocionado porque Jesús estaba en mi casa, hasta que llegó esa mujer...

Todo fue muy de repente. No me dio tiempo a pensar. Tampoco es que yo sea un gran pensador, pero en aquel momento me fue imposible organizar las ideas y sentimientos que bullían en mi interior.

Estaba emocionado porque Jesús había venido a mi casa a cenar. Estar con él es una maravilla. Tenía ganas de preguntarle mil cosas. Y entonces, apareció ella. ¡Cómo se atrevía a entrar en mi casa! ¡Ella, a quien todo el mundo conocía, de quien todos sabían qué clase de mujer es...! y Él, ¿por qué la miraba así? ¿por qué no decía algo? ¿no se daba

cuenta? Me estaba robando mi momento, mi oportunidad de lucirme. Tenía al Maestro en mi casa y de repente se presentó ella echando por tierra todos mis sueños e ilusiones. Llenó la casa del perfume que traía. Puso todo perdido, se tiró al suelo, no paraba de llorar...



Juzgué en mi interior a esa pobre mujer y a Jesús por acogerla

Yo no estoy acostumbrado a este tipo de espectáculos. Pienso que no sirven para nada. Lo que importa son las obras y las de esa mujer no se pueden ni contar. Me da vergüenza solo pensar que se coló en mi casa sin pedir permiso. Pero lo mejor estaba por venir. A pesar del enfado tremendo que

tenía encima no me atreví a decirle nada a Jesús. Me limité a juzgar en mi interior a esa pobre mujer y a Jesús por acogerla y dejarse lavar y tocar por ella.

Jesús me miró y supe que conocía mis pensamientos y mis sentimientos. Me avergoncé de ser así de ruin. Pero Jesús no me lo echó en cara. Estaba tratando de hacerme ver lo fácil que es arrepentirse. Basta un segundo, un movimiento insignificante del corazón, medio paso hacia delante.



Jesús me enseñó el tesoro del arrepentimiento y la libertad de ser yo mismo

Cuando Jesús me dijo todo lo que echaba en falta caí en la cuenta de mi error. Vi toda la belleza de esa mujer junta y mi miseria apretada en mi corazón diminuto. Ella era un frasco usado, pero lleno de un perfume impresionante. Mi frasco brillaba y resplandecía, pero estaba lleno de podredumbre. Sin embargo, no me sentí pequeño. Jesús me reconfortó. Me hizo ver lo cerca que estaba, si quería, de hacerle muy feliz. Bastaba con mostrar arrepentimiento y dejarme querer como soy, mezquino, chismoso y envidioso.

Aquella mujer llenó mi casa de una fragancia que nunca había experimentado. La libertad de ser yo mismo. Dejé de aparentar ser un buen fariseo y traté de abrir mi frasco. Ahora me es muy fácil no juzgar a nadie. Basta que recuerde aquel olor, aquellas lágrimas y aquellos cabellos. Cuánto amor en un frasco quebrado. En cambio yo, un recipiente de

basura. Un frasco viejo con un líquido podrido, desperdiciado.



Ahora busco corazones rotos para ayudarles a sanar

Pero Jesús me limpió, me llenó de un nuevo perfume y me regaló una misión: buscar los corazones de quienes se juzgan a sí mismos y se condenan sin piedad. Me pidió ayudarle a sanar las almas rotas de los que se cierran al perdón. El mundo está lleno de vidas quebradas, condenadas por sí mismas a no tener esperanza y hace falta con urgencia quien les despierte. La experiencia en esto es la mejor maestra. Nadie mejor para ayudar que quién ha sido llenado de la fragancia suave y limpia del perdón. Nadie más capaz que quien ha sido curado por el aroma siempre nuevo de Jesús. Esa pecadora fue el instrumento divino para abrir mi herida y sanar mi dolor.

Ahora me apremia el amor de Cristo. Quiero que nadie más vuelva a lamentar haberse corrompido. Quiero estar cerca de cada uno de esos corazones llenos de porquería para decirles que, si quieren, ahora viene lo mejor. Que no se juzguen a sí mismos y que le dejen a Dios hacer las cosas a su manera, que es la más rápida, limpia y divertida.

CAPÍTULO 4

MARÍA MAGDALENA, LA PECADORA QUE MÁS AMÓ A JESÚS



“Resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios” (Mc 16, 9).



María Magdalena

¡Cómo no voy a estar agradecida a Jesús! Me lo ha dado todo. Yo había perdido hasta la última esperanza y ahora soy tan feliz. Si no fuera porque conozco muy bien a María, la madre de Jesús, diría que soy la mujer más feliz del mundo, pero es que ella es tan alegre, está tan llena de gracia y de gozo, que me conformo y me entusiasma ser la segunda. Cada vez que me doy cuenta de lo que Jesús me ama me llenó de emoción.



Pensaba que no pintaba nada...

No me pregunto por qué me ha tocado a mí, pero realmente nunca había pensado que iba a ser tan feliz. Tan cerca de Jesús y de María, tan dentro de su corazón, tan presente en los mejores momentos, y también en los peores. A veces trataba de quitarme de en medio, porque pensaba que estorbaba en esas situaciones. Sin embargo, **María se daba cuenta enseguida y me agarraba**. Hacía como que se apoyaba en mí, que me necesitaba, pero era para retenerme.

Jesús nunca me hablaba del pasado; era como si se hubiera olvidado de todo. Yo de vez en cuando le sacaba el tema y Él me pedía que lo dejara, que su Padre me había perdonado y que todo estaba curado, sanado y arreglado. ¡Qué paz me daban sus palabras! ¡Qué fiesta continua porque he regresado a «casa»! Yo también estaba gastando mi herencia de mala forma y él me devolvió mucho más de lo que perdí.



No se arrepentirá

No puedo comprender mi vida más que como un regalo. He vuelto a nacer. Cada día es diferente. Después de estar tan mal, ahora despertarme es caer en la cuenta de que mi día tiene sentido, que alguien me espera, que mi vida es valiosa para él. Así es mucho más fácil vivir, luchar y sufrir. Y todavía mejor reír, disfrutar y amar. No tengo que darme vueltas: es muy sencillo. Él me ha buscado donde yo pensaba que estaba sola. No hay marcha atrás. No se arrepentirá. Podía haber elegido a cualquiera, por eso es un regalo. Yo no merezco nada después de cómo me he portado y de cómo he malgastado mi libertad.

Ya sé que no es lógico. Él funciona –piensa, siente y ama– como nosotros, pero siempre hay “un plus”, un algo más que llega muy lejos. Yo estoy encantada y quiero vivir toda mi vida dándole gracias. ¡Qué bueno es Dios!

Me gustaría no volver a perder y destrozarse su regalo. Sé que es perfectamente posible. Ya he visto de lo que soy capaz y nada me extrañaría viniendo de mí. De todas formas, **lo pasé tan mal, sufrí tanto**, mi vida tenía tan poco sentido que siento pavor solo de pensarlo.



Vino a buscarme la primera

Jesús me inspira **confianza**, me hace no pensar en eso, me habla de lo contrario: de cómo va a pagarme lo que le quiero, lo que le doy. Es tan poco que me da vergüenza, pero

a Él le parece una maravilla, lo mejor del mundo. Va a invertir todos sus recursos celestiales en hacerme la más feliz después de su madre. Ya he sufrido bastante, según Él. Ahora toca disfrutar. Por eso, el domingo vino a buscarme la primera. Pienso que es porque yo era la que más lo necesitaba, la más abatida. Tengo mucho corazón y eso me hace insegura. Con Jesús tenía paz pero sin él pensaba que moriría. Cuando lo vi morir en la Cruz pensé que el mundo entero se me venía encima. Me aplastaba. María me decía que tuviera paciencia, que confiara en él. Pensé que el dolor la había aturdido. Era yo la que estaba trastornada. Era solo cuestión de recordar las palabras de Jesús. ¡Qué gozada oír mi nombre dicho por él de nuevo! Lo reconocí enseguida porque nadie lo dice con tanto cariño.

CAPÍTULO 5

MUJER ADÚLTERA, DE LO PEOR A LO MEJOR EN UN INSTANTE A TRAVÉS DEL PERDÓN



“El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra” (Juan 8, 1-11).

Soy la mujer adúltera

No tengo nombre en el Evangelio. La verdad es que después de lo que hice mejor que no se sepa quién soy. De todas formas, también fui muy agraciada y bendecida por Jesús, así que no salí tan mal parada. Mi vida cambió aquel día. Empecé una nueva vida. Fue su mirada la que me devolvió el valor, la ilusión, el perdón y la dignidad.

Yo era la primera que me daba cuenta que estaba dejándome llevar por un precipicio. Yo era la primera que no paraba de decirme que era absurdo buscar la felicidad así. Me daba asco vender mi amor y mi matrimonio de esa forma: traicionar por la espalda, buscarme tan egoístamente, ir tan descaradamente a mi bola.





Jesús me dio otra oportunidad y me enseñó a querer de verdad

Pero Jesús me buscó, me salió al encuentro, me ofreció otra oportunidad. Me hizo sentirme limpia de nuevo, capaz de amar como nunca antes se ha amado, feliz de ser como soy y quién soy. Me dio una vida nueva mejor que la que tenía, me dio un regalo mayor, más logrado, mejor acabado. He aprendido a dejarme querer, a no comprar el amor, a aceptarme.

Ya no exijo cariño a mi marido. Tuve que reconocer todo y pedirle perdón. No podía exigir nada, pero es tan bueno. Él me dijo que quizá él tenía la culpa porque no me había hecho sentirme querida. Había dejado de cuidarme, de ayudar en casa. Yo estaba desbordada con todos los niños, sus padres, la boda de nuestra hija, y él solo atento a los negocios. En ese momento me pareció que el perdón de Jesús y el de mi marido era prácticamente lo mismo. Yo sentí la misma liberación. Ellos habían asumido la culpa por mí. Ya no me aplastaba mi pasado, ellos me ayudaban a llevarlo. Se hacían cargo perfectamente, sin paternalismos, sin humillarme, levantándose.



El perdón de Jesús y mi marido me liberaron

En el fondo era como si me admiraran. No entendía nada. Yo había defraudado toda su confianza. Había perdido toda la credibilidad. Me desconcertaba que confiaran así. No me sentía digna pero me robaron el corazón con su perdón. Pensaba que ahora podría exigirme lo que fuera y sin embargo estaba más cariñoso y atento que nunca. En el fondo descubrí lo que había sufrido por perderme. Yo que me consideraba sin ningún valor estaba atónita por el esfuerzo que ponía en hacer que todo fuera igual. No me dejaba hablar de lo que había sucedido y me volvió a ganar con lo que hace veinte años me había deslumbrado en él: lo noble y sencillo de su amor por mí. No había trampa en su forma de ser y yo me aproveché de él. Pero demostró que su nobleza era mucho más inmensa de lo que imaginaba.



Gracias Jesús por habernos ayudado a salvar nuestro matrimonio

¿Por qué he tenido tanta suerte de dar con un hombre así? ¿Por qué Jesús se cruzó en mi matrimonio para salvarlo? ¿Por qué se me ha dado una nueva oportunidad que ha hecho todo más bello y apasionante? No tengo ninguna respuesta y dudo que la haya. Dios es así. Cuando todo estaba perdido aparece y arregla las cosas para que queden todavía mejor que al principio.

Nunca pagaré el perdón pero lo mejor es que eso ya no me abruma, me entusiasma, me impulsa y me llena de agradecimiento. Me hace sentirme muy querida, la más querida. Jesús me bendice y hace que mi marido sienta un amor renovado. Es increíble pero he salido ganando después de todo. Solo Dios tiene ese poder, esa capacidad. Es divino ese modo de actuar. De lo peor a lo mejor en un instante a través del perdón.

CAPÍTULO 6

JUDAS: «VENDÍ A JESÚS POR 30 MONEDAS DE PLATA»



“Después se acercó a Jesús y le dijo: «¡Salve, Maestro!». Y lo besó. Pero Jesús le contestó: «Amigo, ¿a qué vienes?»” (Mt 26, 49-50).



La vocación de Judas

Me da mucha vergüenza escribir por qué hice lo que hice, por qué rechacé un regalo tan impresionante. Sé que no tratáis de juzgarme y que nadie sabe qué ha pasado conmigo. Solo Dios lo sabe y, por supuesto, yo también. Lógicamente, no os voy a explicar cómo termina mi historia porque Dios no lo ha querido revelar y Él tiene sus motivos.



...poco a poco

Sí que os puedo decir lo que en parte ya sabéis: Que traicioné al Maestro, que le vendí por treinta sucias monedas de plata. No me importaba el dinero, en serio. Bueno, al menos no me importaba solo el dinero. Era un factor más a favor de una decisión, construida poco a poco con la ayuda de muchas heridas no cerradas.



Hubiera bastado hablar con Jesús un instante

Ahora lo veo con claridad, pero entonces estaba ciego. **Fui mintiendo en bobadas al principio.** Mis milagros tenían que ser más espectaculares que los de todos, mis discursos más aplaudidos y entusiasmantes, mis historias más increíbles. Al mismo tiempo fui ocultando a Jesús pequeños detalles, aunque siempre intuía que Él lo sabía. Lo que pasa es que no me lo reprochaba, no parecía enfadarse y eso me desconcertaba. Me trataba con la misma confianza. Yo diría

que más cuanto más me hundía. Me quejaba de todo, primero por dentro y luego por fuera. Me daban mucha envidia los demás.

Empezó a darme miedo estar a solas con Jesús. Él trataba de provocarlo, pero yo me escapaba siempre con cualquier excusa. Solo veía pegas y obstáculos a todo lo que decía Jesús. Todo era muy cuesta arriba y **estaba solo**. Él intentaba sacarme del hoyo, pero yo me escurría. No sabía cómo pararlo. Hubiera bastado hablar con Jesús un instante, haber escuchado su voz diciendo «¡no temas, Judas!». No lo hice y me arrepiento infinitamente.



Si estaba a la altura, si daba la talla...

Perdí lo más grande que tenía, el mejor regalo, lo único valioso, una misión única, un hueco solo para mí en el corazón de Dios. Y todo por miedo, por el dichoso **miedo**, por la **angustia** de no saber cómo agradar al Señor. Mejor dicho, por la **inseguridad** de no saber si estaba a la altura, si daba la talla.

No me atrevo a decir a nadie cómo debe hacer las cosas, pero sí a deciros cómo las hice yo para que no caigáis en el mismo agujero. No es Dios el que nos reprocha, se enfada y se siente defraudado con nosotros. Dios no es así: somos nosotros que proyectamos la sombra de nuestra alma sobre una pobre caricatura de Él. Él ha venido para salvarnos precisamente de esa vida horrible de culpa y frustración, de humillaciones y resentimiento.

En mi cabeza se abrió paso la idea de que no podría seguir así mucho tiempo. No me aguantaba. No podía ver a nadie sonreír porque todo me recordaba lo desgraciado que era yo. María intentó acercarse a mí y lo hizo con una elegancia que me abría la puerta para volver como un triunfador, pero no quise. No era capaz de dejar tanta traición en las manos de Jesús. Quería resolverlo yo a mi manera. Yo lo había estropeado: yo lo iba a solucionar. Siempre la misma historia. Siempre la misma amargura. **Siempre yo y solo yo.**



CAPÍTULO 7

SIMÓN ISCARIOTE, EL PADRE DE JUDAS



“Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote hijo de Simón, el que le había de entregar; ¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres? Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella” (Jn 12:4-6).

Mi hijo Judas era un tesoro

Mi hijo nos ha dado un montón de alegrías. Mi nombre aparece casi continuamente junto al de él. Algunos pensarán que de tal palo tal astilla y no es verdad. No estoy de acuerdo en absoluto. Mi hijo Judas era un tesoro. No me entraba en la cabeza cómo podía ser tan majo y tan bueno siendo su padre tan desastre.



Pero... “*corruptio optimi pessima*”

Cuando Jesús lo eligió como uno de los apóstoles no podía salir de mi asombro. Me tenía que pellizcar de continuo para comprobar que estaba despierto, porque era tal la alegría que



no me lo creía. Pero todo se torció, todo se estropeó, todo se hundió. Dicen los romanos que “*corruptio optimi pessima*” (la corrupción de los mejores es la peor de todas) y tienen razón. Pobre Judas, que tremenda es su historia y su final.

A Jesús podría haberlo traicionado cualquiera de los doce. A posteriori todo el mundo dijo que «ya se sabía», pero en el momento ni siquiera los que estaban más cerca se dieron cuenta y yo menos. Ni siquiera su madre logró intuir nada. Quizá ni siquiera él mismo era consciente de cómo se iba distanciando de Jesús.



Solo pensaba que había que hacer las cosas de otra forma

Ni le odiaba, ni quería acabar con él. Solo pensaba que había que hacer las cosas de otra forma. Judas tenía su estrategia, contaba con sus fuerzas y había triunfado siempre solo. Estaba tan lleno de talentos que no era nada fácil para él dejarse ayudar. Era muy autónomo. Su madre y yo estábamos orgullosos de él, pero es verdad que apenas nos había necesitado. Se había hecho a sí mismo.

Después de lo que ocurrió no era capaz de perdonarme a mí mismo. Me culpaba todo el rato por no haber sabido enseñarle a apoyarse en los demás, a necesitarlos. Día y noche pensaba en mil oportunidades perdidas cuando era pequeño. Mil y una ocasiones en que podría haberle pedido yo mismo ayuda para que él no lo entendiera como una humillación, sino todo lo contrario. No podía dormir, ni quería comer y no sabía sonreír después de aquel viernes tremendo. Perdí los dos tesoros que más queríamos mi mujer y yo: Judas y Jesús. La veía destrozada, bloqueada y abatida.



No podía vivir con esa losa

No podía vivir con esa losa y Dios que es tan bueno me libró de ella de la mejor de las formas. Me envió su mejor mensajera. Me hizo encontrarme con María en uno de los momentos en que estaba sufriendo y llorando totalmente

desconsolado. María me dijo literalmente: «*Simón, no le des más vueltas, no quiero verte sufrir así*». No supe qué responderle. «*Reza por Judas, no lo juzgues antes de tiempo. Jesús lo quería mucho y quién sabe lo que ha sufrido esa pobre criatura. Yo rezo todos los días por él*».

Ese cambio de perspectiva rompió mis esquemas por completo. Tuve que reconocer que Judas era libre, que Jesús también lo era y que ambos se querían a rabiar. Judas se equivocó de cabo a rabo, pero Jesús no le había reprochado su actitud. Ahora yo tenía la confirmación, por boca de María, de que tampoco me rechazaba a mí como padre, que no se arrepentía de haberme regalado la vida de Judas. Debía amar la libertad de Judas como Dios la amaba, aunque conllevara un gran dolor para mi herido y magullado corazón.



El recuerdo de Judas dejó de ser un tormento para volver a ser una posibilidad de amar

Entonces, el recuerdo de Judas, mi hijo queridísimo, dejó de ser un tormento para volver a ser una posibilidad de amar más allá de mis límites y de mis miserias. Dios me dejó que me reconciliara con mis errores y me hizo ver que para ayudar a Judas ahora debía aceptarme como padre suyo sin vergüenza ni miedo, por eso dejó mi nombre en el Evangelio. A Dios no se le ocurren esas estupideces de humillar a la gente porque sí. Dios no me reprochaba el pasado, me pedía que no abandonara a Judas en el presente y que esperara en su futuro. Desde antes de la creación del mundo había planeado que yo fuera su padre y no se arrepentía de su

elección. Mi misión era seguir cuidando de Judas. Él no había dejado de ser nuestro tesoro. Yo no podía renunciar a ser su padre, ni él a ser mi hijo. Judas necesitaba más que nunca un padre como yo, el que Dios había soñado desde toda la eternidad, el mejor para él, obra maestra del único Padre con mayúscula.

CAPÍTULO 8

MALCO, SOLDADO DE LA OREJA: «ES INCREÍBLE, PERO HAY QUE PERDER LA OREJA PARA OÍR DE VERDAD»



“Y sucedió que uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano, sacó su espada, e hiriendo al siervo del sumo sacerdote, le cortó la oreja” (Mt 26:51).

El dolor era tan fuerte que podía oírlo

Pedro no tenía tanta puntería como para intentar cortarme solo la oreja. Vino a por mí decidido a que soltara a Jesús. Descargó toda su tensión acumulada y su miedo en mi casco. Mi oreja ya no cumplía su función un instante después. El dolor era tan fuerte que podía oírlo. Caí al suelo como si alguien hubiera arrancado un melocotón maduro. A plomo. Empecé a sentir mucho calor. Posiblemente la fiebre me subió. No tengo experiencia de que sucede en estas ocasiones.



Pero... Hay que perder la oreja para oír de verdad

Lo que pasó después no se puede describir con palabras. Lo escuché de otra forma que no sé si lograré explicar. Es increíble pero hay que perder la oreja para oír de verdad. Perdí la noción del tiempo y del espacio. Solo pensaba y me concentraba en mi dolor que no podía frenar. Oía gritos. Posiblemente eran míos pero al escucharlos solo por un oído me sonaban diferentes. Recuerdo que juzgué al desconocido emisor como un hombre desequilibrado. Esa forma de proferir maldiciones no podía ser de alguien cuerdo y cabal.



Entonces sucedió lo que no creo que sea capaz de narrar equilibradamente. Dicen que en el oído está el equilibrio y yo tengo vértigo desde entonces. Escuché a Jesús que me miraba y me decía sin palabras: Malco estoy contigo, quiero curarte, quiero que oigas todo lo que te quiero. Perdona al bruto de mi amigo. Déjame ayudarte y no se lo tengas en cuenta. Estaba aterrorizado y no se ha dado cuenta de lo que hacía. Ven, te recuperarás pronto y aunque vuelvas a oír, trata de no olvidar que lo importante no se escucha con las orejas, sino en el corazón que es donde escuchas todo esto.



Jesús quería decirme lo que yo no podía escuchar

Cuanto tiempo he deseado que llegara este momento para decirte lo que no podías escuchar. Solo te creías lo que tus flamantes orejas te transmitían. Lo importante no se suele decir. Pero hay que escuchar los signos de lo que pasa en el interior.

De nuevo volví a escuchar más gritos pero ya no eran míos sino de mis compañeros. Estaban felices. Habían apresado al traidor, tenían lo que buscaban. Había que llevarlo al Palacio de Caifás lo más rápido posible.

Sin darme cuenta me toqué la oreja con una gran prevención. Estaba allí intacta, sin dolor, sin sangre y sin sensación de haber faltado nunca. No me puedo tocar el corazón, pero sentía perfectamente que no estaba igual que antes.

Sin darse cuenta Pedro me había hecho el favor más grande que podía, librarme por un rato de todo el ruido que escucho para poder oír la música que nunca quiero dejar de disfrutar.

CAPÍTULO 9

CAIFÁS: «SIN DARME CUENTA ANUNCIÉ QUE JESÚS DEBÍA PADECER POR TODA LA NACIÓN»



“Se apoderaron de Jesús y lo llevaron a la casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde los escribas y los ancianos judíos estaban esperando. (...) El Sumo sacerdote le volvió a preguntar: — «¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?» Jesús le dijo:—«Yo soy»” (Mt 26:57-68).

Cuando tuve a Jesús delante, la vanidad y el orgullo se hicieron con mi corazón

Yo anuncié sin darme cuenta que Jesús debía padecer por toda la nación. Me convertí en el profeta de su muerte. Me entusiasmaba tanto ese final para un Mesías fallido, que el Espíritu Santo no lo tuvo difícil. Yo lo atribuía a la inteligencia tan grande que siempre he creído tener. Con el tiempo, caí en la cuenta de que no era esa la razón. He usado mi talento para un interés personal. He robado algo sagrado, me he apropiado de un regalo que no era solo para mí.

Cuando tuve a Jesús delante aquel jueves por la noche, la vanidad y el orgullo se hicieron con mi corazón. Perdí totalmente el timón de mi vida.



Nunca me habían dicho palabras tan duras como lo hizo Jesús

Jesús nos había dirigido las palabras más fuertes que pronunció. ¿Cómo se atrevía a hablar de amor a los demás quien acusaba a la legítima autoridad de corromper la ley y los profetas? Nunca nos habían llamado raza de víboras, ciegos que guían a otros ciegos o sepulcros blanqueados. Todavía me sobrecojo al pensarlo.

¿Por qué tanta dureza? ¿Por qué esas palabras tan hirientes? ¿Por qué nos desprestigiaba delante del pueblo ignorante? Sus palabras no eran fruto de la amargura o explosiones de ira descontrolada. Se veía que le costaba decirlas. Cada una salía con dificultad de su boca. Era justo todo lo contrario de las mías, cargadas de veneno, de envidia y de rencor: rápidas, irónicas y despiadadas.



Yo le había juzgado ya en mi interior, pero quería oírlo para condenarle

Cuando oí su voz fue imposible no pensar que lo decía todo por mí. No recuerdo nada de lo que dijo. Aunque me cueste aceptarlo, me veía reflejado en sus ejemplos. Me conocía como nadie. Aquella noche nos bastó cruzarnos la mirada para que los dos lo supiéramos. Él no me lo reprochaba. Yo a Él sí. *«¿Eres tú el Mesías? Dínoslo*

claramente». Él reconoció: «*tú lo has dicho*». Yo le había juzgado ya en mi interior, pero quería oírlo para condenarle. No quería creer nada diferente de lo que estaba en mi cabeza.



Contemplé a Jesús con odio y desprecio, alegrándome de su desgracia. Jesús, en cambio, no me miraba así y eso me irritaba todavía más. Jesús no se enfadó, no se sorprendió. Aceptaba su condena, o incluso parecía que estaba de acuerdo con ella, y hasta le ilusionaba.

Yo no entendía nada. No podía aguantar su mirada. Me sentía observado en lo más íntimo. Tuve la sensación de que

Jesús entraba en mi corazón y trataba de soltar una cadena, de romper un miedo, de abrir una puerta pesadísima que me atrapaba.



Si Dios, como él dice, nos quiere porque le da la gana, he perdido el tiempo inútilmente

Me daba miedo no disfrutar de lo que me había costado toda una vida de sacrificio conseguir. No he llegado aquí por casualidad. He tenido que pelear mucho. Si Dios, como él dice, nos quiere porque le da la gana, si nuestras obras y nuestros sacrificios no son necesarios, he perdido el tiempo cansándome y privándome de mil cosas increíbles.

Soy un náufrago. Dios me ha enviado su tabla salvadora, Jesús, y yo he preferido hundirme en un mar de dudas antes que deberle a Dios el mayor favor que puede recibir un hombre: ser amado libremente, sin mérito alguno.



La ley es mi única tabla de salvación

Él cumplía la voluntad de su Padre, yo me servía de ella. Solo buscaba tranquilidad y seguridad. La ley es mi única tabla de salvación. Con ella sé a qué atenerme. Es muy cómoda aunque sea exigente. No me llevaré ninguna sorpresa.

Sin embargo, Jesús era una incógnita continua: nunca sabía cómo iba a reaccionar. A decir verdad, llegó un

momento en que logré adivinar cómo pensaba y sentía: justo al revés que yo.

No soy muy creativo y salirme del guión no es mi especialidad. Ya lo había predicho y no pude escaparme de mi profecía: era superior a mis fuerzas. Jesús moría para salvar a la nación. La cuestión era si yo me iba a dejar salvar por un Mesías tan sorprendente.

CAPÍTULO 10

SOLDADO QUE PEGA UNA BOFETADA A JESÚS: «LE DI UN BOFETÓN QUE TODAVÍA ME DUELE A MÍ»



“¿Por qué me interrogas a mí? Pregunta a los que me han oído qué les enseñé. Ellos saben bien lo que he dicho». Apenas Jesús dijo esto, uno de los guardias allí presentes le dio una bofetada, diciéndole: «¿Así respondes al Sumo Sacerdote?». Jesús le respondió: «Si he hablado mal, muestra en qué ha sido; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?» (Jn 18:21-23).

Descargué toda mi inseguridad en él

«¿Así respondes al Sumo Sacerdote?» Y le di un bofetón que todavía me duele a mí. Dejé que el orgullo saliera y tomara el mando de mis acciones. Descargué toda mi inseguridad en él. Estaba muy nervioso. En aquel momento los jefes de la Sinagoga nos habían advertido que no se podía escapar, que era una oportunidad única y que había que estar muy atentos. La presión, la necesidad de responder a lo que se espera de mí, me transforma.



Pero Jesús aprovechó la ocasión para liberarme de mi esclavitud

Entonces fue cuando Jesús, con el rostro desencajado por el golpe, me miró y me preguntó por qué lo había hecho. Me hizo ver mi miedo, mi angustia, mi error, mi orgullo y sobre todo su paciencia. No desaprovechó aquella ocasión para liberarme de la esclavitud. Hizo caer los muros de mi cárcel.

«¿Por qué me pegas?» Me mostraba que no tenía que demostrar nada a nadie. Que él me quería como yo era. Que no tenía que estar a la altura de nada. Que él quería bajar hasta la mía. Que no necesitaba mis actos para quererme porque se fiaba de mi libertad y mi corazón, de mis ganas. ¿Por qué me pegas? ¿Por qué me juzgas? ¿Por qué me condenas?

En el fondo, me estaba salvando. ¿Por qué te pegas? ¿Por qué te juzgas? ¿Por qué te condenas? ¿Por qué no me dejas quererte si me da la gana? ¿Por qué intentas ser valorado por los demás, si eres lo más valioso que hay en el mundo para mí?



Yo pretendiendo sobresalir y él levantándose por encima de todo lo creado

Estaba armado hasta los dientes pero ante esa pregunta me quedé totalmente indefenso, incapaz de presentar batalla, rendido antes de ir a la guerra, hecho prisionero del vencedor que en realidad era vencido. Me descolocó su rapidez, su

sinceridad y su paciencia. Contrastaban con mi bloqueo, mi vanidad y mi arrogancia. Yo pretendiendo sobresalir y él levantándose por encima de todo lo creado, de todos los presentes, de todos mis miedos.



Esa bofetada me hizo contemplar de modo nuevo el rostro de Jesús. Hizo que él fijara sus ojos en mí. Quizá ya antes me había visto, pero yo no me había sentido mirado. Ahora era presa fácil de su cariño. Estaba libre de mis cadenas, de mis apariencias y de mis temores. Ya podía ser yo. No necesitaba

pegar, aplastar o pisotear a nadie para ser valioso. A Jesús le basta y le sobra con mi corazón rendido. Derrotado no es ya capaz de atacar de nuevo para defenderse.



Yo le di una bofetada y él a cambio me devolvió la libertad

Ahora vivo libre, en paz y feliz. Cuando algo sale mal y me entran ganas de quejarme, me acuerdo de Jesús que me pregunta: «¿Por qué me pegas? ¿Por qué no das cuenta de cuánto te quiero y lo poco que me importan tus caídas, tus errores, tus pecados? ¿Por qué no descubres que me afectan por el daño que te hacen y la tristeza que te provocan? ¿Por qué te defiendes si nadie te ataca?»

Yo le di una bofetada y él a cambio me devolvió la libertad. Yo le humillé delante de la multitud y Él me levantó por encima de todos. Yo descargué mi rabia sobre su mejilla y Él me ofreció la otra para que le conociera de verdad.

No tenía armas ni estrategia para luchar contra eso y por eso perdí la batalla más importante de mi vida, pero con Él todo funciona al revés. He ganado lo que nunca hubiera soñado. Se me ha pagado con la moneda más valiosa, la que no pierde valor, el tesoro más escondido y la suerte más enorme.

CAPÍTULO 11

PILATOS: «ME LIMPIÉ LAS MANOS, PERO TENÍA EL CORAZÓN MANCHADO»



“Entonces Pilato, viendo que nada adelantaba, sino que más bien se promovía tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante de la gente diciendo: ‘Inocente soy de la sangre de este justo. Vosotros veréis’” (Mt 27:24).

Jesús se interpuso en mi camino

Mi posición no era nada fácil. Hiciera lo que hiciera el final iba a ser doloroso. Si libraba a Jesús me temía lo peor con los judíos. Si lo condenaba sabía que tendría que aguantar a Claudia, mi esposa. No sé realmente quién me daba más miedo. Odio tomar decisiones así. Odio tener que decidir sobre la vida de las personas. Detesto tener en mis manos tanta capacidad de hacer daño. Gobernar se ha convertido para mí en un suplicio. Solo pienso en el día en que pueda abandonar esta provincia tan complicada. Todo me resulta incómodo: el calor, la gente, la comida y la presión. Nunca me ha gustado trabajar bajo tanta responsabilidad porque me bloqueo y me sale una versión de

mí que no solo no me atrae, sino que echa totalmente para atrás. ¿Por qué no puede cada uno vivir su vida y dejar a los demás en paz? Yo solo quería estar con Claudia y disfrutar de la vida. De repente, ese Jesús se interpuso entre nosotros. Se convirtió en mi contrincante. Parecía que a mi esposa le importaba más el nazareno que su propio marido.



Quería salvarlo, pero tenía demasiada presión encima

Estuve conversando con Jesús y fue escueto pero muy respetuoso, diría que sumiso tal vez. Misterioso y a la vez sencillo. No me explicaba por qué luchaban en mi interior sentimientos tan encontrados. Quería salvarlo a toda costa pero tenía mucho miedo, mucha presión, muchos intereses: el César, Herodes, mis soldados, los judíos. Parecía que todos estaban contra mí, empeñados en hacerme la vida imposible.

Solo sentía un deseo tremendo de quitarme de en medio, de desaparecer, de dejar de ser mirado, señalado y juzgado. Quizá los únicos que no me presionaban era Jesús y Claudia. Ellos me abrían una puerta pero no me obligaban a entrar. Me ofrecían una solución, pero no me cerraban el paso. Quizá por eso crecía mi deseo de salvarlo. Cuando me encontraba con él podía mantenerle la mirada. No había reproche en ella, ni el más leve asomo de un juicio sobre mi decisión. Creo que él presentía y aceptaba su condena. Ni siquiera se quejó de que sus compatriotas lo hubieran entregado al invasor.





Así que opté por lo fácil y me lavé las manos

No fui valiente, hice lo más fácil, me quité de en medio y elegí las víctimas más fáciles para mi escapada: Jesús y Claudia. Tenía envidia y celos de Jesús. Me limpié las manos pero tenía el corazón manchado, podrido. Mi miedo fue quien condenó a Jesús. Se convirtió en el aliado perfecto del odio de los judíos.

No quise hacer caso del cariño y del amor de mi mujer, no me fié de su corazón, ni del mío que me pedía a gritos que salvara a Jesús. Estaba demasiado acostumbrado a hacerme caso solo a mí y una vez más me equivoqué. Pensé que ella no se hacía cargo de mi situación. No me comprendía y me pedía un imposible: sacrificar toda mi carrera por alguien que no conocíamos siquiera. Preferí asegurar y no arriesgar por un pobre y destronado Rey de los judíos. Con él lo perdía todo, pensaba, salvo mi mujer. Sin él todo quedaba bajo mi control, incluso ella. Elegí lo seguro, lo tranquilo y lo cómodo. Descarté el riesgo, la aventura y el amor. Claudia me amaba y me puso delante de Jesús. Yo lo vi como un ladrón que me robaba mi tesoro máspreciado. Dios me regaló una de sus mejores hijas para hacerme feliz y rechacé su don. Perdí la oportunidad de mi vida. Le di al miedo la llave de mi corazón y nunca jamás me la devolvió.

Solo me queda la esperanza de que mi nombre estará para siempre unido al de Jesús y quizá su misericordia y esa cercanía perdonen mi miedo y mi cobardía.

CAPÍTULO 12

CORONADOR DE ESPINAS: «JESÚS ESTABA CORONADO CON LO PEOR DE CADA UNO DE NOSOTROS»



“Entonces los soldados del procurador llevaron consigo a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la cohorte. Le desnudaron y le echaron encima un manto de púrpura; y, trenzando una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y en su mano derecha una caña; y doblando la rodilla delante de él, le hacían burla diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos!; y después de escupirle, cogieron la caña y le golpeaban la cabeza” (Mt 27:27-30).

No hay nada de lo que me arrepienta tanto como de aquello

«A ver si se le quitan las ganas de privilegios y honores a su majestad, el rey de los judíos». Así blasfemé yo, inconsciente por el vino bebido, en la noche del jueves de aquella semana tan difícil. No hay nada de lo que me arrepienta tanto como de esa broma cruel, estúpida y de muy mal gusto.

Tejimos con los mejores espinos una corona, mejor dicho un casco, para Jesús. La semana había sido terrible y lo



pagamos con él. Además de beber un vino que hubiera sido el mejor veneno para matar ratas, estábamos hartos y agotados. Jesús era el blanco perfecto.



Pusimos toda nuestra creatividad al servicio de la humillación del Rey

Esa noche íbamos a saldar cuentas con la historia y dimos al rey su trato especial, su corona y su cetro. Nuestras reverencias nos hacían estallar en carcajadas grotescas y llenas de sarcasmo. No nos ahorramos ninguna vejación. Toda nuestra creatividad la pusimos al servicio de la

humillación del Rey, del abatimiento de nuestro pobre preso.

Él no respondía con amenazas, ni castigos, ni cárceles. Nosotros le torturamos y él nos contó todos los secretos de su ejército, de su reino y de su gente. Al cabo de poco rato estábamos aburridos. No oponía resistencia, no había lucha, no tenía ningún aliciente. Era un rey vencido, destronado y rendido.



Su recompensa era cargar con nuestro odio

Hicimos turnos para vigilarlo. Nunca se sabe. Hay que ser precavidos. Yo tenía que cuidarle de dos a cuatro. Al llegar la mitad de mi turno me quedé mirando a Jesús. No dormía, era imposible con esa corona. Estaba llorando, al menos eso me pareció. Pensé en cómo se sentiría un hombre en esa situación, pero traté de quitármelo rápido de la cabeza porque me aplastaba ese pensamiento. Su insignia era el abandono más completo, su honor unos espinos, su realeza nuestros insultos y escupitajos, su premio nuestras miserias. Estaba coronado con lo peor de cada uno de nosotros. Su recompensa era cargar con nuestro odio.

Mirándolo en la madrugada del viernes me pareció que esa carga, toda mi debilidad, a él no le parecía pesada. Lloraba pero no se quejaba. Intuí que lloraba por alguien, no por él. Entonces empezó a cobrar vida una idea. ¿Y si es inocente, y si hay tanta envidia que lo quieren eliminar? ¿Y si de verdad es rey y yo le he ultrajado?

No era tan descabellado, pero no me dio miedo. No concebía que reaccionara de forma violenta, airada.

Coroné a Jesús con mis peores joyas y él las aceptó como regalos. Le hice rey con mi desprecio y su dignidad nunca desapareció. Descargué mis peores insultos y los convertí en alabanza.



Me había vaciado de todo lo mío y ahora lo llevaba él, en su corona

Cuando terminó mi turno sentí algo nuevo para mí. No quería marcharme de su lado. Eran las 4 de la mañana, llevaba más de 24 horas sin pegar ojo, pero no tenía ningún deseo de alejarme de él. Me había llenado de paz. Me había vaciado de todo lo mío y ahora lo llevaba él, en su corona. Mis espinas se le clavaban en su frente pero llegaban hasta su corazón.

Tuve que rendirme ante la insistencia de mi compañero. Me dio mucha pena dejarlo en manos de un bruto que descargaría de nuevo todo su mal humor. Cuando ya me iba no pude resistir el volver a fijar mis ojos en él. Levantó la mirada y quiso decirme algo. Nunca he vuelto a sentir que alguien me comprenda y me quiera de esa forma. Toda mi debilidad sanada en una madrugada solitaria. ¡Cómo me gustaría poder devolver a Jesús el favor tan grande que me hizo cuando clareaba el viernes, cuando hizo realidad su reino y sometió a todos los rebeldes!

CAPÍTULO 13

SOLDADO QUE SE BURLA DE JESÚS: «YO LE ESTABA TORTURANDO Y ÉL ME HABLABA DE MI AGONÍA»



“Entonces le escupieron en la cara y le golpearon. Otros le daban de bofetadas y decían: –Tú, que eres el Mesías, ¡adivina quién te ha pegado!–” (Mt 26, 67-68).

Aquella noche Jesús se convirtió en mi diana perfecta

«Adivina quién te ha pegado». Así me atreví a gritarle y escupirle a Jesús aquella noche horrible después de haberle tapado el rostro con un trapo sucio y maloliente. Nos estábamos divirtiendo de lo lindo con el fraude del destronado Rey de los judíos.

Yo no suelo ser muy gracioso y por eso tiendo a cebarme cuando hay una presa fácil a mi alcance. Aquella noche Jesús se convirtió en mi diana perfecta. Todo parecía hacerles gracia a mis compañeros de turno, medio borrachos y agotados después de varias guardias. Todo lo pagamos con él. Estamos acostumbrados a tragar y aguantar lo indecible, pero

cuando reventamos el espectáculo suele ser dantesco y aquella noche lo fue sin duda.



Pero al ver su mirada, vi todas las mentiras de mi vida juntas y comprendí que a él nunca le había engañado

Sin embargo, después de una acción tan ruin y cobarde, al quitar el trapo de la cabeza herida de Jesús pude ver su mirada. No esperaba para nada lo que vi y menos lo que sentí. Los presos solían destilar odio e impotencia contra nosotros cuando los sometemos a esa clase de vejaciones. Sin embargo, Jesús parecía mirarme diciendo: *«sé que has sido tú el que me ha pegado pero no te lo reprocho. No sé qué te he hecho para que me trates así, pero debes haber sufrido mucho para aprovecharte así de un hombre indefenso como yo»*. Vi todas las mentiras de mi vida juntas y comprendí que a él nunca le había engañado. En ese momento fue como si él me pusiera delante todo mi dolor, todas las humillaciones que había sufrido, todo el trato inhumano al que éramos sometidos, todos mis miedos y angustias. Jesús los conocía inexplicablemente y era como si me dijera que eso le importaba y también le hacía sufrir a él. Yo le estaba torturando y él me hablaba de mi agonía.

Mis amigos vieron cómo se me mudaba el rostro. Estaba paralizado por una mezcla de odio a mí mismo y vergüenza por lo que estaba haciendo. *«¿Qué te pasa espabilado? ¿No te dará miedo este reyezuelo destronado?»* Oí que gritaban. Y

volvían a reír a carcajadas mientras bebían de sus odres un vino que sabía a rayos.



Jesús me había abierto un resquicio, un clavo al que agarrarme...

Mi turno estaba a punto de acabar. Solo quedaba una hora hasta la medianoche y esta tortura acabaría para mí, no

para Jesús. Tenía que aguantar, mantenerme en pie, olvidar esa mirada para ser capaz de cumplir con mi deber como soldado del Imperio. Sin embargo, en mi interior algo luchaba por no desperdiciar esa rendija de bondad que se me ofrecía. Hacía años que no sentía un poco de compasión hacia mi persona. La vida en el ejército es durísima, incluso para los que estamos aquí por nuestra voluntad. Jesús me había abierto un resquicio, un clavo al que agarrarme, un favor como solo hacen los amigos de verdad. Me lo había ofrecido cuando yo le estaba castigando de la manera más brutal. No entendía porque devolvía tanto bien a cambio del mayor mal que yo era capaz de causarle.



Tanta miseria no lograba borrar una forma de mirarme que no he dejado de recordar cada día de mi vida

La cabeza estaba a punto de estallarme, pero curiosamente mi corazón rebosaba de paz, de una sensación extraña de calma, como después de una tormenta. Llegaron las doce y fuimos reemplazados. Sentí una punzada en mi interior al ver quienes formaban el siguiente turno. Eran brutos, despiadados, grandes sufridores como yo. A Jesús no le iba a llegar su final de forma rápida sino a través de una lenta y dolorosa pasión.

Sentí el impulso de despedirme de él, pero no me atreví a hacerlo por miedo a mis compañeros. Él me leyó el pensamiento y me volvió a mirar. Leí de nuevo en sus ojos la misma mirada, el mismo bálsamo, la misma comprensión.

Estaba llorando, aunque apenas se notaba por la sangre que le caía de todas partes. Eso hacía sus ojos malheridos más brillantes y profundos. Volvió a invadirme la paz y el sosiego, el perdón por todos mis golpes y escupitajos. Quise no haberlo hecho nunca, pero era obvio que mi saña y mis burlas estaban allí, sobre su rostro maltrecho. Lo misterioso pero real era que tanta miseria no lograba borrar una forma de mirarme que no he dejado de recordar cada día de mi vida.



CAPÍTULO 14

FLAGELADOR: «EL MAL LLEVA SU CASTIGO DENTRO DE SÍ MISMO, NO PERDONA; JESÚS SÍ»



“Pilato entonces tomó a Jesús y mandó azotarle. Los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le vistieron un manto de púrpura; y, acercándose a él, le decían: «Salve, Rey de los judíos». Y le daban bofetadas” (Jn 19,1-3).

Me había acostumbrado a castigar a los hombres

Nunca ha sido fácil mi trabajo pero aquel día fue tremendo. Se puede decir que me he acostumbrado a castigar a los hombres. Me ayuda pensar que lo hacemos para salvar a los inocentes de las garras de los criminales. Intimidamos a posibles delincuentes para que vean lo que les espera. Aunque sea un trabajo muy duro, es peor lo que semejantes bandidos pueden hacer a sus víctimas.

Pero aquel día, aquel viernes, no había ningún motivo para lo que hacíamos: sólo el odio y la envidia de un grupo, no muy numeroso, de judíos. Jesús no era culpable y eso saltaba a la vista de cualquiera mínimamente cuerdo. No había nada que ayudara a pegarle, ningún inocente al que

salvar, salvo él. Y no podíamos hacer otra cosa que nuestro trabajo. Golpearle con todas nuestras fuerzas, hasta quedar agotados y no poder más.



Quería parar, pero mi capitán me increpaba a que le golpeará más fuerte

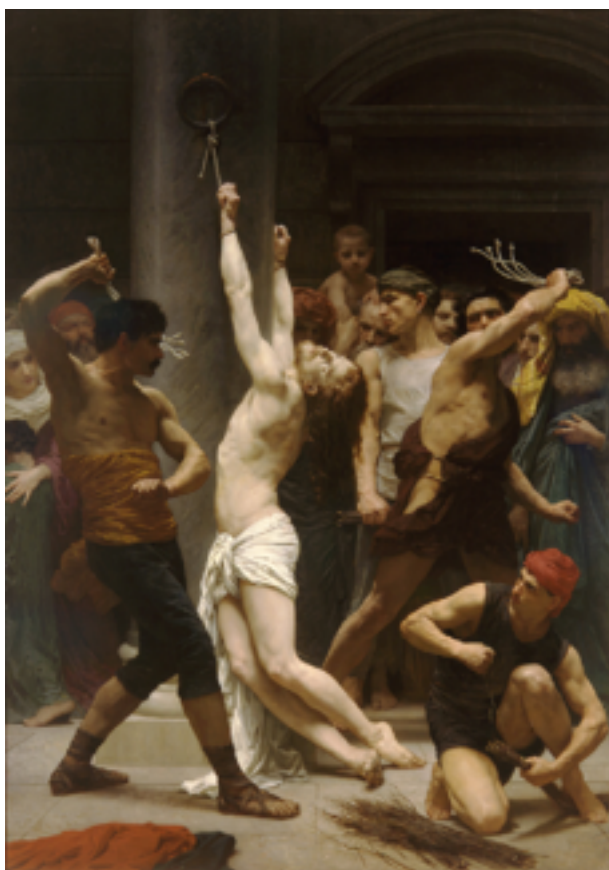
Quería parar, quería que fuera la última vez que le golpeaba. No pensaba que iba a aguantar mucho más, pero mi capitán repetía mi nombre acompañado de algún adjetivo y me exigía que lo hiciera más fuerte. Empezó a dolerme la cabeza y cada golpe se me hacía un suplicio. Las ampoyas de mis manos se habían abierto y mi sangre se mezclaba con la que salpicaba del cuerpo roto de Jesús. Alguien gritó desde la multitud pidiendo que parara aquella tortura. No era humano lo que estábamos viendo. Tanta crueldad no cabe en el corazón de nadie.

La gente se fue retirando. El espectáculo se hacía dantesco, repugnante, descorazonador hasta para sus enemigos. Jesús quedó hecho un trapo deshilachado. Tirado por el suelo parecía un gusano aplastado más que el Hijo de Dios, el Rey de los judíos, el Mesías. Acababa de ser ungido con la sangre real que corría por sus venas. Su sangre serviría para marcar todas las puertas de la humanidad y para salvar a quien lo quiera.



Jesús se entregaba libremente y libremente nos liberaba de la carga que nadie podría haber soportado

Cuando lo desatamos se derrumbó sin fuerzas y sin apenas respiración. Y de nuevo, su mirada, su paz, su dolor tremendo conviviendo con su sereno observarnos, con un poco de curiosidad. Nos contemplaba sin decir nada. No apartaba la vista y no nos sentíamos intimidados cuando clavaba los ojos en alguien.



¿Por qué tanto dolor? Nos respondía con sus ojos llenos de lágrimas y de sangre que no teníamos que avergonzarnos por lo que habíamos hecho. Él sabía que cumplíamos órdenes. No nos tendría en cuenta lo que habíamos cumplido. Él se entregaba libremente y libremente nos liberaba de la carga que nadie podría haber soportado.

He tenido que dejar este trabajo. Ya no puedo pegar a nadie ni castigarlo sin recordar a Jesús. Son ellos los que sufren. El mal lleva su castigo totalmente dentro de sí mismo. No hace falta añadirle nada: es muy cruel por naturaleza, no perdona. Jesús sí.

Él me liberó de la necesidad de juzgar. Me regaló una vida sin juicios. Ya no necesito encontrar culpables. Detecto enseguida el dolor de los que se equivocan y trato de acordarme con qué serenidad lo llevaba Jesús para acompañarles y aliviarles, si se dejan.

CAPÍTULO 15

CLAUDIA, LA MUJER DE PILATOS: «EN EL ROSTRO DE MARÍA DESCUBRÍ TODO EL DOLOR QUE HABÍA SOÑADO»



“Y estando él sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir: No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él” (Mt 27:19).

Nunca había tenido unos sueños como aquellos

Nunca había tenido unos sueños como aquellos. No era una pesadilla. No era algo irreal. Era tan vivo, tan presente, tan doloroso. Vi a la madre de un condenado a muerte y la acompañé todo el trayecto hasta la Cruz. ¡Qué dolor, qué lágrimas y qué presencia! Nunca he visto nadie tan frágil mantenerse con tanta fuerza, como un olivo centenario. Ni un reproche, ni una queja, ni un suspiro. Solo lágrimas, a raudales. Grandes como puños, pero finas como perlas. De vez en cuando me miraba como diciéndome: *«no me dejes por favor, no me abandones. Te necesito»*. Y entonces, me abrazaba. ¡Qué vulnerable y qué recia al mismo tiempo! Yo estaba embelesada. Nunca había visto una mujer como esa y,

aunque soy muy envidiosa, no tenía ni una pizca de tristeza en mi corazón. Era todo lo contrario. Me sentía la más privilegiada del mundo de poder acompañar y sostener a esa mujer, que más parecía una reina que la madre de un bandido.



Busqué a Poncio para que me calmara; presentía que eso iba a pasar

Cuando me desperté busqué a Poncio, pero ya se había levantado y salido de palacio. Él es un tesoro. Me da una paz tremenda. Me quiere como nadie en el mundo puede hacer. Es verdad que tiene sus miedos y hacia fuera no los manifiesta. Más bien parece lo contrario: un soldado fuerte y despiadado. Desconfiado e inseguro, es muy inteligente y

sagaz. Seguro que me diría algo que pudiera calmar mi angustia.

En la calle había mucho alboroto y gente corriendo por todos lados, de arriba a abajo. Algo se estaba gestando y tuve el presentimiento de que tenía que ver conmigo y con la mujer que aparecía en mi sueño.

Corrí desesperada en busca de mi marido, tenía que avisarle, prevenirle. Esta vez no podía equivocarse. Estaba en juego una madre. Yo no puedo tener hijos, pero intuyo lo que debe ser para una madre perder el suyo por lo que he sufrido. Yo los he perdido todos y mi corazón se rompía cada vez con más fuerza.



Pero su respuesta fue un mazazo en mi corazón...

Por fin lo encontré.

- *«Poncio, cariño, suelta a Jesús. Esta noche he tenido unos sueños tremendos».*
- *«Claudia, me pides un imposible. No me lo pongas más difícil todavía».*
- *«Poncio, no te equivoques. No te estoy hablando en broma. No es un capricho más. Jesús no puede morir».*
- *«Mi princesa»* – dijo mientras me agarraba fuerte de los brazos – *«los judíos no me perdonarán que lo suelte ahora. No van a dejar que se escape su botín. Por favor, ayúdame y vete a casa a descansar. No pienses más en esos hombres. No pueden darnos más que preocupaciones y disgustos. Tú y yo tenemos*

que ser felices. Nos lo hemos ganado. Ya hemos sufrido suficiente, ¿recuerdas?»

No podía responderle. Estaba bloqueada, en medio de un golpe tan fuerte que no era consciente del dolor que hendía mi corazón.



Entonces, tomé la mejor decisión de mi vida...

Abandoné su presencia caminando sin rumbo. Desorientada, perdida, absorta. ¡No podía creer lo que me estaba pasando! Todos mis hijos que no llegaron a nacer estaban como concentrados en Jesús a quien no conocía unas

horas antes. Entonces tomé la mejor decisión de mi vida. Buscar a su madre y acompañarla. Tuve que disfrazarme. Desprenderme de mis vestidos de mujer del gobernador, conseguirme una túnica que me cubriera y salir por una puerta trasera. Poncio no se daría cuenta porque iba a estar muy ocupado todo el día.



Y María me regaló su sufrimiento para que yo la aliviara

Cuando di con ella, su hijo ya caminaba con la Cruz camino del Calvario. Era tremendo, pero me pareció descubrir en sus heridas todo el dolor que había soñado en el rostro de María.

Me acerqué, María se giró y me abrazó como en el sueño. Sentí toda su angustia y a la vez el consuelo enorme que ella experimentaba por tenerme cerca. Era como si supiera que mi marido había condenado a su hijo, pero yo estuviera allí reparando todo. María me ofreció el tesoro de su dolor, de su fragilidad. Me regaló sus lágrimas, a mí que era una perfecta desconocida. Me obsequió con su sufrimiento para que yo lo aliviara. Me obligó a ser su madre, a mí que no he tenido hijos. Se hizo pequeña, necesitada, vulnerable. Me hizo a mí fuerte pero a la vez tierna, recia y acogedora.

Poncio, como siempre, nos metió en un lío, pero sin saberlo se convirtió en mi camino para el Cielo.

CAPÍTULO 16

BARRABÁS: «JESÚS MURIÓ POR TODOS, PERO ESPECIALMENTE PARA SALVARME A MÍ»



“Reunidos, pues, ellos, les dijo Pilato: «¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo?»” (Mt 27:27).

**No me arrepentía de lo que había hecho, pero
maldecía mi mala suerte**

Jesús murió por todos, pero especialmente para salvarme a mí. Se me dio una segunda vida. Volví a nacer. Se me regaló una oportunidad mejor que la anterior. Ahora ya me conocía mejor y sabía de lo que era capaz.

Aquel día empecé a escuchar mi nombre en el patio. Junto a él se oían multitud de gritos y palabras que no comprendía y una que me dejó helado: crucifícale. Estaba convencido de que mi hora había llegado. Me revelaba interiormente y externamente no podía dejar de moverme en el calabozo y de sudar. Sabía perfectamente lo que les aguardaba a los crucificados, antes, durante y después. No se lo deseo a nadie y un temblor me invadió el cuerpo. Sudaba acalorado pero

no paraba de tiritar. Ya no oía ningún sonido en el patio. Solo mi corazón que palpitaba queriendo salir de su sitio.



Esperaba el día en que me crucificaran en castigo por lo que había hecho

No me arrepentía de lo que había hecho, pero maldecía mi mala suerte aquel día en que me apresaron.

Desde que entré en prisión sabía que llegaría el día, pero pensaba que no sería tan pronto. ¡Crucifícale, crucifícale! gritaban más alto cada vez. Me empezó a faltar el aire en aquel calabozo diminuto y húmedo. Sentía mi cuerpo desgarrarse y estirarse clavado en la cruz. Me veía abandonado de todos mis amigos y compañeros. Solo en lo alto de la cruz esperando la muerte en la más completa de las humillaciones.

Entonces llegaron los soldados. *«Eh, tú, bandido. Sal de ahí. Verás lo que te espera»*. Tuvieron que llevarme a rastras y a golpes porque estaba paralizado.



Jesús se convirtió sin hacer nada en mi enemigo mortal

Vi el odio en las caras de la gente pero de repente me di cuenta de que a mí me recibían con una mezcla de alegría y asco. No entendía nada. A mi lado estaba el arrogante de

Pilatos y a su lado había un hombre que no parecía hombre. Estaba sangrando por todas partes, venía de algún lugar donde no le habían tratado especialmente bien y casi no podía levantar la mirada. Vi que el odio se dirigía a él. Las miradas, los gritos, los insultos eran para él. Jesús era su nombre, según escuché a Pilato. Les estaba ofreciendo la posibilidad de salvar a uno por la fiesta de los judíos: a Jesús o a mí.



Entonces Jesús se convirtió sin hacer nada en mi enemigo mortal. Lo que hasta ese momento era una muerte segura se

convirtió en una posibilidad. El corazón me dio un vuelco y pensé que tal como estaba ese hombre no sobreviviría mucho, así que era mejor que fuera él a la cruz. Traté de mirar con buena cara a los que gritaban pero sentí el frío de su indiferencia. Yo no les importaba en absoluto. Querían acabar con Jesús en la cruz.



El pueblo me elegía, me salvaba aunque nadie se alegraba más que yo

Llegó el momento de la verdad. Pilatos pidió silencio. Preguntó por última vez a quién debía salvar y el pueblo no le dejó ni terminar: «*¡A Barrabás!*». El pueblo me elegía. Me salvaba. Pero al mismo tiempo, sentía la más absoluta indiferencia por mi vida y mi suerte.

Estaba salvado, pero nadie se alegró. Pilatos preguntó: «*¿Qué hago con Jesús? ¡Crucifícalo!*», aullaron. No eran gritos, no eran palabras, eran aullidos. Eran una jauría hambrienta. Estaban devorando viva a su presa. No querían darle ninguna opción. Y yo me encontré en medio de todo ello, liberado y feliz, aunque inquieto. No comprendía lo que me pasaba. Debería botar de alegría.

Jesús se cambiaba por mi feliz, me regaló una segunda oportunidad. Miré a Jesús y él pareció intuir mis sentimientos. Se hacía cargo de que me sentía culpable. Yo que no había sufrido ningún remordimiento por lo que me llevó a la cárcel, estaba ahora roto de dolor por lo que me sacaba de ella.



Jesús vino a la cárcel para sacarme a mí; cargó con mi culpa y me liberó

Jesús me transmitió esperanza, me hizo descubrir que se me daba una segunda oportunidad, un nuevo regalo porque el anterior lo había destruido. Me bastó una breve mirada mientras me empujaban por las escaleras del Pretorio para comprender mi estupidez y su amor, su cariño. Se cambiaba por mí pero lo hacía feliz. Vino a la cárcel para sacarme a mí. Cargó con mi delito. Me hizo libre y ya no quiero volver a derrochar mi libertad. No quiero malgastarla.

Yo también quiero salvar a muchos, cargar con su dolor, pagar por sus culpas, liberarlos de la esclavitud, darles esperanza. Tengo la mirada de Jesús clavada en mi pecho y cada vez que veo a un hombre atrapado por el pecado, esclavo de su orgullo, trato de mirarle como él lo hizo. Funciona. Jesús les mira a través de mí y los libera, se cambia de nuevo por ellos, carga con su dolor y los llena de vida nueva.

CAPÍTULO 17

SAN PEDRO Y LA MEJOR BRONCA DE LA HISTORIA



“...antes de que el gallo cante, me negarás tres veces” (Mt 26,34).

San Pedro

Cada vez que intento hacer algo por mí mismo el resultado es el mismo: una metedura de pata cada vez más grande. Pero nunca aprendo. Ni siquiera ahora en el Cielo me acuerdo. **Soy demasiado rápido para lanzarme.** Soy un especialista en «yo me encargo» y sobre todo en liarla.



La mejor bronca de la historia

Jesús tuvo que sacarme del agua, pegar una oreja del bueno de **Malco**, ponerse serio para lavarme los pies, y echarme la mejor bronca de la historia (*¡Apártate de mí, Satanás!*). Pero lo hacía con tanto cariño que yo, que soy todo corazón, me derretía: nunca me enfadaba y mira que tenía

experiencia sobre cómo hacerlo. Me quedaba encantado cada vez que Él intervenía para frenarme.

Puede que algunos piensen que odio los gallos pero nunca me había gustado tanto su sonido hasta aquel viernes. Lloré porque vi y sentí claramente que **Jesús me perdonaba**. Me había perdonado antes, cuando le prometí que no le dejaría y por eso el sonido del gallo me recuerda siempre que **Dios me conoce y me quiere como soy**. Le hace mucha gracia y le encanta salvarme.



Mi miseria no es un obstáculo

A Dios no le importa que yo sea así de «bocas». Al revés, le sirve. Como yo no tengo que encargarme de nada, he aprendido a meter la pata y disfrutarlo. Dios me regala siempre su perdón y mi vocación es una confirmación de que **Dios siempre perdona**. Porque Dios me llamó, mi miseria no es obstáculo, al contrario, es trampolín. Dios demuestra a todos que se puede ser muy pecador y Apóstol, e incluso su Vicario. Que Él busca a los pecadores y que, si le dejamos, hace maravillas incluso con hombres como yo.



Cuántas veces le vi mirándome con cara de «*Pedro, la estás liando. Quédate quietito y no toques nada que lo vas a romper*». Pero siempre había un gesto, una leve y cómplice sonrisa, un arqueado de cejas, o un comentario que pocos entendían, que me hacía pensar que lo arreglaría todo al final. Cuando Jesús arreglaba mis errores, la solución era muchísimo mejor que el punto de partida. No os voy a decir que cuando lo descubrí empecé a multiplicar mi fuerza destructora, pero sí es cierto que me solté muchísimo. Ahora podía ser yo, actuaba con libertad, metía la pata sin aprensión, armaba lío sin miedo.



... a María también le divertía mucho cómo era yo

Fue entonces cuando descubrí que a María también le divertía mucho cómo era yo. Una noche les escuché como hablaban ella y Jesús de mí. No paraban de reírse mientras María me imitaba a la perfección. Yo había hecho alguna bobada, pero contada por ella era divertidísima. El gallo me recuerda siempre esa noche en que los vi ser felices quitando hierro a los problemas que tenían divirtiéndose conmigo.

CAPÍTULO 18

PORTERA DEL TEMPLO: «PEDRO FUE EL INSTRUMENTO PARA QUE YO ME ENCONTRARA CON SU MIRADA»



“Entonces la criada que cuidaba la puerta dijo a Pedro: ¿No eres tú también uno de los discípulos de este hombre? Y él dijo: No lo soy” (Jn 18:17).

Sabía que los hombres más bocazas son pan comido, y me crecí ante Pedro

Ante un galileo atemorizado como Pedro me crecí, me hice valiente, me hice perversa. Sabía que los hombres más bocazas son pan comido. Cuanto más abren la boca más fácil es humillarlos, vencerlos y destronarlos. Por eso, ante Pedro sentí que mi momento de gloria estaba cerca. Es increíble cómo un hombre puede llegar a ser tan previsible. Le empecé a decir en alto, mi voz se oye a manzanas de distancia, que él también parecía galileo. Yo lo había visto en alguna ocasión con Jesús.

Sentía tristeza al ver a toda esa gente que le acompañaba. Al principio pensaba que me daban lástima porque los engañaba, pero cuando vi que eran felices, cuando vi sus ojos

que decían la verdad, me llene de envidia cochina. Soy la encargada de la puerta y sé perfectamente cuando alguien está mintiendo. Tengo amigas que siguen a Jesús y sé que dicen la verdad, que sus vidas han cambiado, que se han sentido perdonadas y curadas.



Estaba convencida de que todo tenía que pasar por mis manos

Yo he visto mucha vida y tengo ya demasiadas experiencias. Las modas son así: llegan, triunfan, decrecen y se marchan por donde vinieron. Sabía que el fenómeno de los seguidores de Jesús no pasaría y me sentía descartada, no invitada a ese festín. Yo no era digna, era sin más una pobre portera, con una buena voz pero nada más.

Por eso, aproveché al pobre de Pedro para hacerlo carne de mis mejores burlas. Esa noche todo iba a salir según mi voluntad. Se lo tenía merecido el nazareno por no haber contado con la persona que de verdad controla y manda en Jerusalén. Muchas veces pensaba, y estaba convencida, de que todo tenía que pasar por mis manos. Creo que esa actitud, ese control, esa deformación profesional me estaba haciendo daño, me estaba amargando el carácter.



No me atrevía a reconocer que Jesús me había robado el corazón

Arremetí contra Pedro pero era a mí misma a quien golpeaba. Era mi miedo el que caricaturizaba. Yo tampoco me atrevía a reconocer que el nazareno me había “enganchado”, me había robado el corazón. Sus palabras eran tan limpias,

tan suaves, tan dulces. Para una persona como yo, acostumbrada a tratar con la morralla de las «mejores» familias, su voz era un bálsamo, incluso aquella noche en medio de los gritos, los insultos y los golpes. Por fuera adoptaba una postura burlona pero por dentro sabía que estaba tocada de muerte. Era como una leona herida.

Sus palabras salían suavemente de su fina boca. Las pronunciaba delicadamente, como pidiendo permiso para calar en los corazones. No se imponía. A mí todo el mundo me decía continuamente lo que tenía que hacer y por qué debería pasar a la morada que guardo y custodio.

Jesús, en cambio, me pedía permiso para entrar en mi hogar, en mi corazón. Para una portera eso ya es mucho. Estoy muy acostumbrada a desenmascarar las excusas. No había ni asomo de ellas en las palabras de Jesús. Él me invitaba a convertirme en la portera de su paraíso, para cuidar sus puertas, que deberían permanecer siempre abiertas y acogedoras. Sin embargo, preferí lo que ya conocía aunque fuera malo, pésimo mejor dicho. Ya se sabe que el refrán está por algo.



Me había burlado de lo que yo misma sentía por dentro

Fue entonces, después de humillar a Pedro y reírme hipócritamente, cuando vi algo que me hizo rendirme al amor de Jesús. Digo lo de la risa falsa porque tenía unas ganas de llorar que no podía con ellas. Me había burlado de

lo que yo misma sentía por dentro. Me estaba castigando por intentar confiar en Jesús.

Lo que vi en ese instante no es fácil de describir, pero contemplé muy de cerca la mirada de Jesús y las lágrimas de Pedro. Fui testigo excepcional de algo maravilloso. Mentiría si no contara que después de a Pedro, Jesús me miró a mí y lo hizo como nunca nadie lo ha hecho. Yo me puse a llorar como una loca. Las lágrimas de Pedro eran de principiante comparadas con las mías.



Yo también llevaba años haciéndome la fuerte, la dura, la fría y todo lo acumulado, todo el amor que necesitaba, acababa de llegar de repente y de la manera más inesperada y sorprendente. Jesús me pedía entrar en mi casa y yo le dije que sí con mis lágrimas abundantes y gozosas. Me sentí

perdonada a pesar de tanta resistencia, querida aún en medio de tanta dureza de corazón, esperada después de tanta sospecha. Jesús se sirvió de mí para que Pedro se conociera mejor y Pedro fue el instrumento para que yo me encontrara con su mirada.

CAPÍTULO 19

MUJERES EN EL CAMINO DE LA CRUZ: «JESÚS NOS ENSEÑÓ EL SENTIDO DEL SUFRIMIENTO»



“No lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos pues si al árbol verde lo tratan de esta forma, en el seco ¿qué se hará?” (Lc 23, 28-31).

Mujeres en el camino de la Cruz

¡No me lo podía creer! Nuestra misión es acompañar al que sufre. Lloramos con él para que no se sienta solo. Es lo mínimo y lo único que podemos hacer por alguien en esa situación. En el caso de Jesús nos salía solo. No había que darle ni media vuelta. Era verlo y las lágrimas acudían como río caudaloso a los ojos. Una vez empezaba una, el contagio era cuestión de tiempo.

Sin embargo, al llegar Jesús a nuestro lado, con una expresión de agradecimiento que no soy capaz de describir, nos miró detenidamente y nos rogó: «no lloréis por mí». Nunca unas lágrimas habían estado tan justificadas, nunca había tenido tanto sentido llorar, nunca habían existido tantas razones para sollozar sin consuelo posible. Y sin

embargo, Jesús nos pedía que no hiciéramos caso a nuestro corazón. Nos pedía que renunciáramos a lo que exigía nuestra cabeza. Nos rogaba que fuéramos contra todo nuestro ser.



Él nos enseñó ella sentido del sufrimiento

Nos estaba enseñando a llorar, una de las actividades más humanas y más divinas que existen. Nos estaba dando motivos para que las lágrimas fueran perlas, medicina, remedio contra la enfermedad más cruel, la que se cebaba

con los débiles y los descartados: el pecado, la desconfianza del amor de Dios, la sospecha de que a Dios no le importamos demasiado.

¡Eso sí que era tremendo! **¡El pecado sí que merecía todas las lágrimas del mundo!!!** Además, cada una encontraríamos en nuestras casas muchas de estas razones de peso para gemir: ¡cuánto dolor por nuestros hijos, nuestros maridos! ¡Cuánto rezar hasta verlos felices en el cielo para siempre!



De repente me vino a la cabeza, pensando en el rostro de Jesús, su agradecimiento por nuestro gesto, por nuestra compasión. Era patente que apreciaba infinitamente nuestra compañía y consuelo en aquel momento pero quería mostrarnos el verdadero dolor de su corazón. Lo que destroza el alma de Jesús es el sufrimiento de los hombres que no se sienten queridos por Dios y buscan sustitutos para calmar los deseos profundos de su corazón. No se siente ofendido, pues una pobre criatura no puede quitar nada al que ha hecho todo cuanto existe. Solo llora ante el suplicio que el pecador padece en su soledad. Haría todo lo posible por ahorrarle esa tortura, pero respeta nuestra libertad. Sufre en silencio mientras se desgarran su sensibilidad y carga con el peso de la culpa.



Nos hizo testigos de la destrucción y el dolor que conlleva el pecado

Nos estaba pidiendo que fuéramos testigos de lo que de verdad le mata: nuestra tristeza, nuestro abandono, el desaliento y la desesperanza de quien no se siente amado.

¡Qué abismo de dolor se nos abrió! ¡Qué lágrimas tan gordas! ¡Qué llanto tan desolador, pero qué paz y qué consuelo saber que acompañábamos al Mesías en su hora más negra y más fecunda!

Entonces, tras de él, apareció María. No era posible sustraerse a tanta amargura y tanta ternura juntas. No hay dolor como el de una madre en ese trance: incapaz de

ahorrar nada a su hijo y por eso ofreciéndole con su presencia lo único que puede mitigar tan atroz espectáculo.

Las lágrimas de María eran divinas. La hacían más hermosa que nunca, más cercana y a la vez más inefable: capaz de sostener a Dios y necesitada de nuestra compañía y nuestras lágrimas para acompañar como gotas minúsculas su océano de amor.

CAPÍTULO 20

LA VERÓNICA, «MI MISIÓN ES ENCONTRAR EL ROSTRO DE JESÚS ESCONDIDO EN EL DOLOR DE LOS HOMBRES»



“Y una mujer, Verónica de nombre, limpia el rostro de Jesús camino del Calvario quedando la santa faz del Señor grabada en el paño”.

#UnaMiradaGrabada

Jesús me miró y su mirada me acompaña desde entonces en todo momento. Pude ver su rostro agradecido y consolado. No creo que necesite nada más en toda mi vida. Con eso me pagó cualquier sacrificio, cualquier cosa que me pida. Pensar que puedo volver a verlo cuando cuido de la gente me da la vida.

No es fácil imaginarse y pensar un Dios agradecido. Menos todavía, verle sufrir y ser capaz de remediarlo de algún modo. Tuve esa suerte. No sé por qué estaba ahí en ese momento. Tampoco logró entender por qué se me ocurrió algo tan sencillo como secar su rostro. Estaba tan magullado

que daba una pena tremenda. No me atrevo a decir que le hice feliz, pero sí que se le transformó el gesto. Fue como una tregua en su batalla, un oasis en medio del desierto y yo tuve la dicha de presenciarlo y provocarlo.



Nos cambiamos los papeles y él fue quién me consoló a mí

¡Cuánta gente habría deseado estar en mi lugar, ver esa expresión, descubrir a un hombre que es Dios que te mira

emocionado! ¡Comprobar que una cosa tan pequeña alivia un dolor tan grande! Lógicamente, las lágrimas no tardaron ni un segundo en acudir a mis ojos y sentí como si él me dijera que no quería verme llorar. No me explico muy bien qué sucedió. En medio segundo se habían cambiado los papeles y él me consolaba.

Jesús estaba de camino hacia su muerte y se detenía a consolar a una pobre mujer que lloraba de alegría y de pena. ¿Por qué somos tan malos? ¿Por qué es tan bueno? ¿Por qué volcamos todo nuestro rencor con el único inocente? ¿Por qué no reprocha nada? ¿Por qué nos cuesta tanto imaginar cuánto nos ama? ¿Por qué ha imaginado una forma tan libre de demostrarlo? ¡No lo sé! Quizá nadie tenga la respuesta. Puede que no exista una razón. ¡Qué extraña capacidad la del corazón humano de ir contra sí mismo! ¡Qué tenacidad la de Cristo para salvar a uno solo de los hombres! ¿Por qué me eligió a mí para regalarme su mirada? Porque le dio la gana. Porque quería ofrecerme algo que cambiaría mi vida para siempre.



Ahora busco el rostro de Jesús escondido en el dolor de los hombres

Desde entonces he secado muchas lágrimas. He buscado a los que lloran. Ya no me da tiempo a llorar por mis cosas. Sigo llorando, pero son los problemas de los demás, su dolor y su angustia la que provocan mis lágrimas. En todos veo el rostro agradecido y sorprendido de Jesús, su emoción por encontrar alguien que comprenda, que se haga cargo, que

acompañe esa soledad. ¡Qué maravilla es llorar juntos y qué amargas son las lágrimas solitarias! ¡Qué fácil se lleva cualquier pena si no es solo tuya!

Los expertos no se aclaran sobre qué significa mi nombre: portadora de la victoria o imagen verdadera. Yo prefiero integrarlos: mi misión es encontrar el rostro de Jesús victorioso escondido en medio del dolor de los hombres, capaz de sonreír, de valorar un detalle, de mostrar agradecimiento, mientras sufre como nadie puede sufrir, mientras ama como nadie sabe hacerlo. Se me ha quedado tan grabado que es facilísimo y gozoso ver su imagen en cualquiera.



CAPÍTULO 21

SIMÓN DE CIRENE: «TUVE LA SUERTE DE AYUDARLE A LLEVAR LA CRUZ PARA SALVAR A LA HUMANIDAD»



“Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz” (Mt 27, 32).

Simón de Cirene y un encuentro inopinado con la cruz

¡Por fin había terminado mi trabajo aquel viernes! Volví feliz a mi casa pensando en el descanso del sábado, en mi mujer, en mis hijos Alejandro y Rufo. Vi un tumulto, un alboroto tremendo y mucho polvo, gritos y golpes. Había demasiada gente para ser algo bueno. Traté de evitar el revuelo tomando un atajo y allí me encontré con dos mujeres y un chaval que corrían en dirección contraria. Se dirigían hacia el lugar de donde provenía todo el escándalo. Traté de disuadirlos pero no hubo modo. Al final el chico me dijo que la mayor de las dos mujeres era la madre de uno de los ajusticiados: lo iban a crucificar.

Traté de olvidar todo lo que había oído. Yo no tenía la culpa de lo que estaba ocurriendo. Di pasos más largos para

escapar de allí, pero mi corazón estaba ya camino al Calvario.

De repente oí un grito muy fuerte detrás de mí: ¡eh tú! Ni me di la vuelta. Había mucha gente empujando a mi alrededor y el tono no era precisamente el de un amigo. Entonces sentí una mano fuerte que me agarraba del brazo y una voz romana que me decía. ¡Nos vas a ayudar! Sabía lo que eso significaba y traté de parecer cortés y desconcertado. No surtió ningún efecto. Entonces me enfadé. Hacía mucho tiempo que no gritaba así, que no increpaba a nadie de esa forma y con semejantes palabras. No me reconocía a mí mismo al oír mi voz, mis alaridos.



Le estaba llevando a la muerte, ¡y me lo agradecía!

Me llevaron junto al reo que yacía en tierra aplastado por la Cruz. ¡Levántalo! Me dio tanta pena que olvidé rápidamente mi enfado. No quería colaborar con los romanos en su tortura pero ayude a Jesús a levantarse. Entre los dos tomamos la Cruz. No sé cómo explicar lo que sentí cuando me miró. Su mirada reflejaba una mezcla de agradecimiento y paz. Me atrevo a decir que había incluso asombro. Imagino que un hombre tan solo y con tanto dolor es más sensible para reconocer un corazón amigo, una ayuda por pequeña que sea. Yo le estaba llevando a la muerte pero me lo agradecía. Todah rabah (muchas gracias), parecía que quería decir. Era como si me conociera. Como si hubiéramos sido amigos desde la infancia.



Todo él era un «gracias» viviente

No era cortesía, me dio la sensación de que pensaba que le iba a salvar. Quise desmentirlo, evitar equívocos. Sin embargo, él sabía perfectamente a dónde íbamos, cómo acabaría todo. Pero es verdad que su cara y su mirada manifestaban tanto agradecimiento... Fue entonces cuando mi actitud cambió radicalmente. Me sentía feliz de poderle ayudar y acompañar en semejante trance. Desapareció la queja, se esfumó el miedo, huyó el temor. Ya solo me fijaba en Jesús, en sus ojos, en sus manos. Estaba cubierto de

heridas, pero todo él era un «gracias» viviente. No sonreía pero su corazón bombeaba paz y serenidad. Sus músculos no permitían esos lujos pero yo intuía que era feliz, su dolor tenía sentido. Era un hombre con una misión, una meta y un deseo irrefrenable por llegar a ella.



Tuve la suerte de ayudarlo a llevar la Cruz para salvar a la humanidad

Nadie lo hubiera podido detener. Ninguna fuerza era capaz de encadenarle. Ningún soldado se interpondría en su lento pero decidido caminar. Y yo tenía la suerte de

agarrarme a la Cruz para llegar a la meta con él, para ayudarlo a salvar a toda la humanidad. No quiero parecer presuntoso, y menos serlo, pero mi ayuda ha sido clave, mi contribución ha sido necesaria, mi intervención decisiva. Y él me pagó con una mirada que no voy a olvidar, una mirada de agradecimiento porque le ayude. Él me estaba salvando y encima me lo agradecía. ¿Quién es capaz de amar así?



CAPÍTULO 22

SAN JUAN, EL APÓSTOL QUE RECIBIÓ A MARÍA



“Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre»” (Jn 19, 27)”.



Juan, el discípulo más amado por Jesús

¿Que por qué me llaman el discípulo que Jesús amaba? Habría que preguntárselo a Él, ¿no? De todas formas yo me voy a lanzar a daros una respuesta. Yo era el más **joven**, el que más corría y también quizá el que más me enfadaba. Pedro se ha quedado con esa fama pero a mi hermano Santiago y a mí nos llamaban los hijos del trueno, y no era un apodo poético.



...me pasa porque tengo mucho corazón

Yo tenía **mucho carácter**. Siempre he sido un cabezota y me salía con la mía siempre. Eso tiene ventajas e inconvenientes. Pienso que me pasa porque tengo mucho corazón. Mucho es mucho. Me da un poco de vergüenza reconocerlo.

Todo me afecta intensísimamente. Eso hace que yo sea bastante perfeccionista y un poco, o más bien un mucho, rígido. Esa es la causa de muchos de mis enfados. Habitualmente vivo con un poco de tensión. Nunca estoy satisfecho de mí mismo y eso hace que salte con frecuencia con los demás. No es que sea un poco susceptible. En eso nadie me gana.



Yo estaba más necesitado de cariño

Pienso que Jesús se dio cuenta de todo esto desde el principio y me cuidaba especialmente. Yo estaba más

necesitado de cariño y Jesús no escatimaba tiempo y esfuerzo para **llenarme de paz** en medio de mis luchas. Cuántas horas se pasó consolándome después de alguno de mis enfados que yo creía muy justificados. Por ejemplo cuando le pedí que lloviera fuego y azufre sobre una ciudad de Samaría que no nos había recibido. ¡Vaya panda de empanados, por no decir otra cosa!

Él me hizo ver cómo sufrían, las cosas que les habían pasado y la pena que tenía porque estuvieran alejados de su Padre Dios. Fue tan maravillosa aquella conversación que llegué a tomarles mucho cariño. Por eso luego me encantó contar el encuentro de Jesús con la samaritana y todos los de su pueblo, Sicar. ¡Qué gran mujer! ¡Qué feliz estaba Jesús aquel día!



Jesús me enseñó a respetarme, a aceptarme

Seguro que muchos habréis pensado que yo era un alma sensible, que amaba mucho a Jesús, que cumplía todo lo que Él nos decía y que por eso me amaba especialmente. Sin embargo, la realidad es mucho mejor. Yo era el que más cariño necesitaba y así funcionaba el corazón de Jesús. No voy a decir que soy un desastre, porque **Jesús me enseñó a respetarme, a aceptarme**. Me decía que Dios no piensa eso nunca: en su diccionario no existe esa palabra.



... no sé qué hubiera hecho sin ti

Por eso me amaba y me cuidaba más. Por eso me llamó joven, para amarrar. No quería perderme. Yo estuve junto a la Cruz, el único de los apóstoles que tuvo ese privilegio. No fue mérito mío. Jesús encargó a su propia Madre que me llevara y María me lo pidió: no pude resistirme. Creía que ella me necesitaba y me hizo testigo directo de aquel momento tan maravilloso



Todo en mi vida ha sido un regalo pero lógicamente el mejor de todos fue entregarnos a su Madre. En medio de tanto dolor, envuelto con primor, dio en el clavo, en nuestro clavo. Nos dio lo que todos anhelamos: una madre, un corazón donde derramar todas nuestras penas, un corazón que nos necesita. Así es más fácil no quedarnos hundidos en nuestro dolor, sino tratar de consolar el suyo. No os imagináis lo que siente el alma cuando una mujer como María te dice: *«Juan, menos mal que me has acompañado, no sé qué hubiera hecho sin ti»*. ¡Eso es el cielo!

CAPÍTULO 23

SOLDADO DE LA TÚNICA: «NUNCA SUELO TENER SUERTE, PERO AQUEL DÍA MI DESTINO CAMBIÓ»



“Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, tomaron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado. Y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: «No la rasguemos, sino echemos a suertes a ver a quién le toca». Así se cumplió la escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suertes mi túnica»” (Jn 19, 23-24).

**Se podría decir que soy un gafe, pero aquel día
mi destino cambió**

iQué gran día, qué suerte la mía, qué privilegio tan grande y tan sencillo. Me tocó la túnica de Jesús. Como era de una sola pieza no la dividimos sino que echamos suertes y me calló a mí. Nunca suelo tener suerte, ni mucha ni poca, ninguna. Siempre me tocan los peores turnos en mi legión. Se podría decir que soy un gafe, pero aquel día mi destino cambió para siempre.

¿Cómo un trozo de tela puede transformar tu vida? No tengo respuesta. Solo puedo aportar hechos. Esa túnica ha alterado el rumbo de mi existencia, ha trastocado mis planes, me sacó de mi fría existencia. Era suave y ligera pero dio calor y color a mis jornadas monótonas. Desbarató mis previsiones. Yo estaba contento con acabar mis días como un simple soldado. Posiblemente Dios quería hacerme más feliz de lo que aspira a ser un combatiente raso.



Su túnica es el lugar al que regreso cuando me siento solo y desesperado

Me cubrió con su túnica, me protegió con su manto, me calentó con su abrigo y me cobijó con su capa. Es el lugar al que regreso cuando me siento solo, frío y desesperado. Me recuerda que la vida es sencilla, que solo hace falta una cosa, que solo hay un nombre que nos proteja, que solo hay un amor verdadero, que la túnica no se puede dividir. Yo no sabía nada antes de Jesús. Sin embargo, después de recibir ese regalo y dárselo a mi mujer ella la limpió delicadamente, como hace con todo, y entonces empezó a demostrarse que no era una túnica normal.

Instintivamente nos cubríamos con ella en los momentos malos. Cuando perdimos a nuestra hija, cuando mi mujer enfermó y casi nos deja, cuando yo llegaba después de una campaña muy dura, ella la tenía preparada y me cubría. Nos llenaba de paz. Con el tiempo investigué y supe que la había tejido la madre de Jesús, María. La busqué por todo Jerusalén y al fin di con ella. Quise preguntarle qué tenía esa túnica y no me supo responder. Sentí el impulso de devolvérsela y ella se negó muy amablemente, menos mal. Mi mujer me habría matado. Me dijo que así yo podría recordar a Jesús y Él podría seguir ayudándome.



María me habló de Jesús y de su amor

Le pedí que me hablara de Él. Yo no sabía nada pero ella hablaba de Jesús como si estuviera vivo. Esto me impresionó. Al principio pensé que había perdido la cabeza. Cuando llegaba a casa después de nuestras conversaciones, mi mujer me interrogaba acerca de todo lo que habíamos hablado. Le

dije que viniera conmigo pero no se atrevía. Sentía remordimiento porque yo hubiera tomado parte en la crucifixión de su hijo y no era capaz de liberarse de ello. A mí María me miraba con tanto cariño que ni me lo planteé. Posiblemente soy mucho más básico que mi esposa. La guerra y las mil batallas que he peleado me han endurecido el corazón.

María me habló del amor de Jesús por los pobres, pequeños y pecadores. Yo me sentía las tres cosas juntas y unas cuantas más. Me dijo que no nos descartaba, que no se cansaba nunca de perdonar, que le ilusionaba sanar mi corazón y sacarlo del pozo en que estaba metido. Que me quería liberar y que esa túnica era mi contacto con Jesús. Que pensara que él la había utilizado, que había secado muchas lágrimas con ella en pocos años, que le servía para arropar a los niños, para proteger la carne rota de los leprosos y para ofrecer un lugar limpio donde sentarse a los apóstoles.



Jesús me pagó los clavos y la cruz con su túnica

Yo me había **cruzado** en el camino de Jesús y nunca mejor dicho. Por eso Jesús querría que yo la tuviera para que nunca más llorara sin consuelo, nunca más tuviera frío en el corazón ni soledad en mi interior.

Jesús me pagó los clavos y la cruz con su túnica. Se quedó con el frío y llenó de calor mi corazón. Se quedó sin nada y me dio a mí todo. Cada vez que algunos de mis

parientes o amigos está mal, sufre o se siente solo me presento con la túnica y sin que se den cuenta les cubro, les seco las lágrimas o les trato de confortar. No falla, Jesús nos cuida, nos protege, nos devuelve amor por dolor, comprensión por sufrimiento, paz por tortura. Se cruza en nuestras vidas, las sana y las serena.

CAPÍTULO 24

MAL LADRÓN: «TODAS MIS VANAS ESPERANZAS SE VIERON TRUNCADAS, PENSABA QUE ÉL ME SALVARÍA»



“Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros»” (Lc 23, 35-43).

Nunca terminaba de creerme que estaba jugando con fuego

Cuando escuché la sentencia no pude reprimir un quejido de desesperación. Creo que hasta ese momento todavía no era consciente de lo que significaba el proceso y sus posibilidades. Siempre imaginaba, o quería soñar, que habría otra oportunidad. Nunca terminaba de creerme que estaba jugando con fuego, con mi vida y con la felicidad de mi familia. Pero todo se desplomó en aquel instante. Todas mis vanas esperanzas se vieron truncadas. Toda mi ingenua superficialidad desarmada. Todo mi supuesto liderazgo arruinado. No era más que un condenado a muerte. Ya no era nadie para el mundo.

Por eso me extrañó tanto ver todas esas hordas de gente arremolinadas a la salida de la cárcel, camino del Calvario.

No entendía nada, solo veía sus caras de odio. No los conocía pero me di cuenta de que algo extraño pasaba. Cuando me contaron la razón, un rayo de esperanza se abrió en mi horizonte. Es curioso porque había oído hablar de Jesús esos últimos meses y lo critique públicamente por ser un idealista y un embustero que se aprovechaba de los pobres, ignorantes y enfermos.



Pasé de la desilusión a la amargura y empecé a descargarla con él

Subimos juntos por la ladera y no comprendía porque no hacía ya el prodigio de salvarse y salvarnos. Me consolaba pensando que quizá esperaba el momento final para lograr un impacto mayor. Pronto, sin embargo, me convencí de que no sucedería nada de lo que yo deseaba. Ese hombre iba directo a la muerte. No se revelaba, ni se retorció, ni siquiera se quejaba. Pasé muy rápido de la desilusión a la amargura y empecé a descargarla en él, ya que parecía tan dispuesto a aguantar todo sin rechistar. Le reproché que no hiciera nada. Si era quién decía tenía que demostrarlo ahora. Vaya líder que no aprovechaba una oportunidad así.



Él sí que era un ladrón; había robado a miles de personas la ingenuidad

Entonces llegó la gota que colmó el vaso y me desquició. Dimas me decía que me callara, que nosotros pagábamos

justamente por nuestros delitos pero que él era inocente. Pobre iluso. El dolor le hacía delirar. Jesús era el único culpable. Vaya fraude de maestro. Menuda estafa tan grande. Él sí que era un ladrón. Había robado a miles de personas ignorantes y necias la ingenuidad. Se había servido de su necesidad. La chusma nunca había entendido el engaño. Empecé a decir las palabras más hirientes que encontraba. Los reproches más duros, la condena más inapelable que me venía a mi corazón destrozado. Parecía un animal rabioso dispuesto a morir matando..





Pero cuando Jesús me miró, vi de una forma nueva mi vida

Entonces Jesús me miró. No me dijo nada pero me enseñó todo. Me mostró mi vida por la que yo sentía tanta rabia y frustración. La vi por primera vez de una forma nueva. Percibí mi sufrimiento y el dolor que provocaba a mi alrededor. Nunca había pensado que eran tan grandes, ni uno ni otro. Y comprendí que Jesús no me reprochaba nada, solo quería acompañarme, curarme, consolarme. Me abrió la puerta del cielo. Solo tenía que decir que quería ir, que sí, que aceptaba un premio que no merecía, un regalo que me sorprendía, un don que sobreabundaba. Vi la luz al otro lado, la paz, un lugar maravilloso donde por fin alguien me quería como soy, incondicionalmente. Me llegó una brisa fresca y un aroma increíble. Solo necesitaba dar un paso. Dejar todo lo mío, mi desastre, para tomar todo lo suyo, su amor y su felicidad.



Podemos ser tan soberbios que podemos ver el cielo abierto y decir que no

No os voy a decir lo que hice. El Espíritu Santo no ha querido que mi respuesta quede recogida para que nadie se sienta coartado. Se puede ver el cielo abierto y decir que no, es realmente muy difícil y sobre todo una locura, pero Dios se ha empeñado en abrir esa puerta para amarnos sin medida. Basta dejarse querer, ¡pero es que no es tan fácil...!

CAPÍTULO 25

DIMAS, EL BUEN LADRÓN Y EL MEJOR GOLPE DE LA HISTORIA: ROBAR UN SITIO EN EL CIELO



“Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo. Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino»” (Lc 23, 41-42).

Si lo hubiera conocido antes ...

Después de desperdiciarlo todo —mi vida, mi familia, mis amigos, mi trabajo y mi felicidad— lo último que esperaba era que me pagaran con un regalo como no hay otro. He tenido la suerte, no puedo expresarlo de otra forma, de morir en la Cruz. Llegué a la cima no para recibir un castigo, sino la medalla y el laurel de los triunfadores.

Escribo estas letras recién llegado al Cielo, donde todo está sin desembalar porque hoy hemos llegado los primeros inquilinos. Quizá es mejor precisar: la suerte no ha sido mi muerte, muy dolorosa, sino la compañía. A mi lado han ajusticiado a Jesús, el Mesías. Yo no lo entendía del todo mientras estábamos colgados. Me di cuenta de que era Rey

pero no comprendía cómo podía acabar así su historia. Vi cómo en un segundo me salvaba. Logró en un instante lo que yo llevaba toda la vida intentando sin éxito. Si lo hubiera conocido antes...



Él sí que sabía quién era yo. Lo vi en sus ojos según lo clavaron en la Cruz. Me hizo comprender que conocía toda mi vida, todas mis fechorías, pero más que nada, todo mi dolor: el desamparo tan grande, la soledad tan tremenda y la vergüenza inmensa que he sentido siempre.



Ha sido una emboscada perfecta

En un instante él me pidió que le regalara todo el desastre de mi vida, todo el dolor que sentía, toda la culpa que me aplastaba. Me dio a cambio toda su paz, todos sus méritos, toda su gracia. Fue un trueque como no he visto nunca. Si alguien lo viera desde fuera pensará sin duda que le estaba estafando; que yo mismo era un fraude; y que moría como había vivido: robando. Pero lo maravilloso es que fue Él quien me asaltó, quien me robó todo lo que tenía. Me desvalijó de todas mis “riquezas” y cuando no tenía ya nada me ofreció sus tesoros. Sé que me voy a convertir en un icono de la esperanza, de lo imposible y de la buena suerte. No me importa. Dios se servirá de mí para atraerse a todos los bandidos de la tierra y les “atraca” cuando menos se lo esperen. Ha sido una emboscada perfecta. Solo había tres árboles en todo aquel monte pero Jesús salió detrás del que yo menos esperaba. Me encontré con un salvador abatido, y me apunté a su “derrota”.



...me dormí soñando con el paraíso

María contemplaba todo al pie de la Cruz de su Hijo. La sorprendí varias veces mirándome con una ternura que me hacía olvidar todo lo demás. Ya había recibido un consuelo inmenso por las palabras de Jesús: me regalaba el Cielo sin ningún mérito de mi parte. Más bien todo lo contrario. Sin embargo, cuando vi a su madre abrazada a la mía, lo único

que todavía me preocupaba se desvaneció y me dormí soñando con el paraíso que su hijo me había prometido.



CAPÍTULO 26

LA MADRE DE DIMAS, UNA MADRE CONSOLADA POR LA MADRE DE JESÚS



“Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda” (Mt 27, 38).

Una madre solo quiere lo mejor para sus hijos

¿Qué más puede pedir una madre que un final feliz para sus hijos? ¿Qué más puede pedir una madre que Dios te confirme que tu hijo está salvado? Me he pasado toda una vida rezando y en el peor momento, en el más angustioso, en el momento de mayor desesperación, recibí un consuelo compensa cualquier pena, cualquier sacrificio, cualquier renuncia. He alcanzado lo único que me interesaba de verdad: devolver mi hijo a quien me lo regaló. Y además, entregar a Dios su don no muy estropeado.



...gracias por traerlo hasta aquí

Jesús me miró desde la Cruz como si viera mi angustia, mis dudas. Era como si dijera: *«Gracias por cómo has cuidado*

al “bandido” de tu hijo, gracias por traerlo hasta aquí, gracias por todas tus lágrimas, tu oración, tu dolor. ¿No ves cómo ha merecido la pena? ¿No ves cómo tenías razón y era muy bueno? Es verdad que es un salteador, un tramposo, pero le van a recordar como el buen ladrón: cuánto bien voy a hacer en el mundo, cuántos corazones voy a salvar, cuánta alegría podré derramar por su ejemplo, por el valor que ha mostrado, por el corazón tan grande que tiene. Y tú tienes la culpa, tú le has enseñado. Parecía que no te oía, que no hacía ni caso, que tus palabras eran contraproducentes. Pero tu amor por él, tu cariño, tu confianza, tu convicción sobre su inocencia y su bondad han producido un fruto increíble, mucho más del que imaginas.

Le has enseñado a no decir nunca basta, a que siempre se puede volver a empezar, a no contar solo con sus fuerzas, a saber pedir ayuda, a comprender que no eres mejor si lo haces solo. En el fondo ha aprendido, gracias a tu cariño, a dejarse querer y por eso acaba de asaltar el Cielo y no ha habido quien le detuviera. Ha demostrado tanta confianza que era imposible decirle que no».



... vi a María rodeándome, abrazándome

Mientras soñaba y disfrutaba estas palabras ni me di cuenta de que un brazo fuerte y seguro me sostenía. Cuando volví de mi nube, vi a María rodeándome, abrazándome. Dimas se nos iba pero su rostro ya no reflejaba tensión. No apartaba los ojos de Jesús. Yo no quise distraerle. Se diría que se hablaban aunque no se decían nada. Compartían el mismo

destino, el hijo de la mejor madre y mi hijo, el Salvador del mundo y el primero de los salvados. Dimas debía ser ejemplo para todos, modelo para generaciones. Indirectamente Jesús me confirmaba en mi papel de madre. No me reprochaba ni me recriminaba como lo había criado o “malcriado”. Por primera vez dejé de sentir el vértigo que experimentaba desde que nació Dimas.



En la nueva alianza, robar a Dios se convertía en una actividad cien por cien rentable. Solo había que conocer la contraseña: **María**. Ella miraba a Dimas con un cariño que me pareció de otro mundo. Hasta una madre como yo puede estar orgullosa de sus hijos si Dios los quiere tanto, si los busca de esa forma, si no para hasta encontrarlos aunque sea en un patíbulo.



...al oído de cada madre

Jesús subió al Calvario para salvar al golfo de mi hijo y para llenar de paz mi corazón de madre. Me gustaría decir al oído de cada madre: *«No temas. Reza por tus hijos. No desesperes. Dios los quiere más que tú. Te ha regalado un poco del cariño que siente por ellos y por eso les quieres como nadie. Confía en él. Si te fías, nadie los hará tan felices como Dios. No intentes escribir la historia antes de que suceda. Los planes de Dios son mejores, incluso, que los tuyos. Su libertad es garantía de felicidad. Déjales que aprendan a disfrutarla. Nosotras tenemos miedo porque amamos mucho, pero Dios ama más porque se arriesga del todo».*

CAPÍTULO 27

UN ESCRIBA CERCA DE LA CRUZ



“Igualmente los sumos sacerdotes con los escribas y los ancianos se burlaban también diciendo: «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¡Es el Rey de Israel!, que baje ahora de la cruz y le creeremos»” (Mt 27, 41-42).

Mis sospechas se confirmaron: Jesús era un mentiroso

Si eres el hijo de Dios, ¡baja de la Cruz! Soy escriba, un miembro destacado de la sinagoga. No me parecía que fuera compatible con el Amor de Dios un suplicio como ese. Esto confirmaba mis sospechas: Jesús era un mentiroso, uno más de una larga cadena de farsantes, de iluminados que pretenden cambiar el curso de la historia...



...quería salvarme yo mismo

¿Por qué hay gente que siempre quiere cambiarlo todo? Por qué arriesgarse si ya uno tiene todo bajo control. Mejor es que cada uno siga su camino, no entrometerse en el devenir para intentar invertirlo. Quedarse como está, aceptar el

destino. Así pensaba yo aquel viernes. Así le daba una y otra vez vueltas a la idea de que habíamos hecho lo correcto. Así trataba de aquietar mi pobre conciencia golpeándola y maltratándola sin piedad para que cediera a mis pretensiones.



Me venían una y otra vez sus palabras como si las oyera ahora: perdónales porque no saben lo que hacen. Yo huía pero Jesús me quería perdonar. Yo rechazaba el pecado negándolo, Jesús cargándolo sobre sus espaldas. Yo me escurría de su amor, su ternura y su abrazo protector. No quería admitir que necesitaba un Salvador y que era un hombre, uno como nosotros. En realidad me di cuenta de que quería salvarme yo mismo, quería estar a la altura, dar la talla, no deberle nada a nadie. Me daba miedo recibir amor

porque no sabía si sería capaz de corresponder. Al final resulta que aunque parecía muy seguro, estable e inmovible, era justo todo lo contrario.

«Perdónales porque no saben lo que hacen». No dejaba de venirme esa música suave a mis oídos. Era tan dulce y maravillosa que me daba miedo creérmelo. Me daba pavor despertarme y que fuera todo una pesadilla. Era tan diferente la vida si él era realmente el Hijo de Dios y si precisamente por eso no había bajado de la Cruz.



...eché una última mirada y me encontré a María

Es verdad que no sabía lo que hacía. Ahora pienso que nunca he sabido lo que hacía. Toda mi vida la he dedicado a ahogar lo que venía de mi corazón. Me parecía que no era relevante. He estado poniendo miles de barreras pero al final ha estallado. No puedo llevar yo solo una carga tan grande. Necesito alguien que me ayude, me acompañe, me perdone, me salve.

Mientras huía del calvario eché una última mirada y me encontré a María, la Madre de Jesús, rota por el dolor pero con la misma expresión de paz que su Hijo. Era como si ella también estuviera salvando a los hombres. Me entraron ganas de decirle que se fuera, que abandonara el Calvario, que bajara de su **Cruz**. No se lo dije, pero pensé que sería tremendo su dolor. No se revelaba. No le pedía a su hijo que bajara. No era cobarde como yo. Esa fue la gota que colmó el

vaso. Bendita gota que me bajó de mi nube, me arrojó al suelo y me devolvió a la realidad.



Gracias María por ser tan fuerte, tan buena, tan madre

«Gracias Jesús por no bajar de la Cruz, por no haberme hecho caso, por perdonarme y quitarme todo temor, por excusarme diciendo que no sabía lo que hacía. Quiero acompañarte, quiero nunca más dejarte, quiero estar para siempre junto a ti. Gracias María por ser tan fuerte, tan buena, tan madre. Quiero ser tu hijo pero me da vergüenza, tengo el corazón lleno de soberbia, protegido con mil corazas, lleno de miedo a los demás pero sobre todo a mí mismo. Haz que no me escape del Calvario, que no huya del amor de tu Hijo, que no me quiera bajar de tus brazos, que no abandone nunca tu regazo».

CAPÍTULO 28

LONGINOS, EL CENTURIÓN AL PIE DE LA CRUZ QUE LE ATRAVESÓ EL COSTADO CON SU LANZA



“Cuando llegaron a él, al ver que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza, y en seguida brotó sangre y agua” (San Jn 19, 31-37).

Lo que más me suele costar es que las ejecuciones no sean rápidas

El viernes estaba de guardia. No me gusta estar trabajando cuando hay ejecuciones. Aquel día prometía ser otro mal trago, incluso para un soldado romano con bastantes años de carrera y miles de experiencias amargas a cuestas.

Lo que más me suele costar es que las ejecuciones no sean rápidas. No entiendo por qué tiene que ir muriendo poco a poco un reo. Por qué no se le puede ahorrar tanto dolor en medio de una situación tan trágica y en momentos tan difíciles. Se producen situaciones muy violentas y no digo nada si hay familiares presentes.



Cuando vi a Jesús comprobé que esa ejecución no sería normal

Cuando vi el tumulto que acompañaba a ese Jesús, supuse lo peor. Me enfrentaba a un día largo y complicado. Es muy difícil tener ilusión en un trabajo como este. Al despertarme aquel viernes de madrugada maldije mi turno. ¿Por qué tenía que sufrir yo por culpa de ese reyezuelo de los judíos? ¿Por qué no podía trabajar en otro lugar, con otra gente y en circunstancias más agradables? ¿Qué había hecho para merecer tan mala suerte? Estos pensamientos claramente no me ayudaban a ir al trabajo.

Desde el primer instante en que vi a Jesús comprobé que esta ejecución no sería normal. Había demasiado odio flotando en el aire. Las masas estaban exaltadas. Hacía años que no veía a mis soldados tan asustados.



Quería que nuestro reo no padeciera la crueldad de esos desalmados

Ante las dificultades me suelo crecer. Empecé a dar órdenes. Los soldados con miedo necesitan mucha claridad y seguridad. Traté de imponer un ritmo vigoroso a la procesión que nos llevaría al Calvario. Quería que nuestro reo no padeciera la crueldad de esos desalmados. Era viernes, la semana estaba vencida. Acabaríamos nuestro trabajo y cada uno se iría a su casa a descansar y a olvidar.



Entonces me encontré con un grupo de mujeres y una de ellas capturó mi atención. Supe que era la madre del ajusticiado. Eso es lo que más me impresiona. Después de lo que ese hijo le habría hecho sufrir.... No soporto que las madres estén ahí también en ese momento. ¿Es que no pueden olvidarse de sus hijos? ¿Acaso no serían mucho más

felices? ¿Por qué dejarse atormentar si ya no había nada que hacer?



Había algo en ese viernes que se me escapaba sin saber el qué...

María, así me dijeron que se llamaba, sufría y se tambaleaba. No he visto nadie con una apariencia tan frágil y a la vez tan fuerte ante un tormento como el de la Cruz.

Había algo en ese viernes que se me escapaba. Todo lo que sucedía ocurría como en un mundo oculto para mí. Se me escapaba algo pero no sabía qué era. No me cuadraba nada. Tuve la sensación de ser un extraño. Me sentía excluido de algo impresionante y que podría cambiar mi vida. No puedo decir que tuviera ganas de ser parte de ello, porque solo veía dolor. Sin embargo, eso era lo que me extrañaba. No me producía ningún rechazo. Me atraía lo que había detrás del muro, lo que escondían esos pobres judíos aplastados por el drama y la tragedia. Desprendían paz. Sus lágrimas no contenían rencor, venganza ni odio.



Atravesé su costado con mi lanza y entonces lo entendí todo

Llegó la hora casi sin darme cuenta. Tanto quejarme de lo lento que era todo. Aceleramos la muerte de los dos reos que acompañaban a Jesús, pero con él no hacía falta. Entonces con la lanza atravesé su costado y se abrió la puerta del

misterio, se derribó el muro que me ocultaba la razón de todo, mejor dicho, el corazón de todo. Entendí por qué había paz, consuelo y un sereno gozo en semejante situación. Estaba desconcertado y sin darme cuenta abrí la compuerta. Se me mostró el secreto de un hombre que amaba hasta donde no es posible imaginar, **un hombre que amaba como Dios y un Dios que sufría como un hombre.** Y me convertí en un centurión que lloraba como un niño y en un niño que encontraba su escondite más buscado y anhelado.



CAPÍTULO 29

JOSÉ DE ARIMATEA: «NUESTRA FE SE HABÍA CONVERTIDO EN UNA REFERENCIA A NOSOTROS MISMOS»



“Al atardecer, llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también se había hecho discípulo de Jesús, y fue a ver a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que se lo entregaran. Entonces José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo depositó en un sepulcro nuevo que se había hecho cavar en la roca” (Mt 27, 57-61).

Las cosas se habían hecho siempre de un modo y él venía a cambiarlas

El Sanedrín vio a Jesús como un peligro desde casi el principio. Las cosas se habían hecho siempre de un modo. Nos habíamos acomodado. Teníamos una posición lograda y segura, más que aceptable. Por eso la novedad nos pilló a todos de sorpresa y la primera reacción fue de rechazo absoluto.

La vida es muy compleja y la santidad muy ardua. Cuando uno consigue con años de esfuerzo y constancia algún avance no es fácil que alguien lo cuestione. Teníamos tantas ganas de

salvar nuestras almas que nos olvidamos del mismo Dios, que era la única salvación.



De repente vi lo que escondía nuestra rigidez...

Jesús alteró todos nuestros planes. Trató de explicarnos nuestro engaño pero se encontró con un muro inexpugnable.

Poco a poco me fui dando cuenta. A la vez algunos empezaron no solo a incomodarse sino a atacarlo abiertamente, e incluso públicamente. Cuando el Sanedrín tomó la decisión de condenarlo y acabar con él, se me cayeron ya los últimos prejuicios y me di cuenta de nuestro error. De repente vi lo que escondía nuestra rigidez, nuestra resistencia al cambio, nuestro control sobre la vida del pueblo.



Éramos ciegos que guían a quienes no saben dónde está la luz

Se me abrieron los ojos para comprender la astucia del diablo que había conseguido embaucar a quienes debían guiar al pueblo hacia su Señor. Éramos ciegos que guían a quienes no saben dónde está la luz.

Sentía una vergüenza infinita por mi error que consideraba inadmisible. Es verdad que nuestra intención era proteger la religión y la fe de nuestros padres. En medio se nos coló nuestra seguridad, nuestra comodidad y la dichosa

tranquilidad. Arruinaron lo que con tanto esfuerzo y dedicación habíamos construido.



Nuestra fe se había convertido en una referencia a nosotros mismos y no dejábamos a Dios que nos amara y nos quisiera tal como éramos. Todo estaba bajo control porque todo dependía de nuestras fuerzas y nuestro conocimiento. Daba vueltas y vueltas a lo tonto que había sido. No me perdonaba mi equivocación, mi ceguera y mi rigidez. Me reprochaba no haber sabido leer los signos de los tiempos. Me recriminaba no haber acertado con señales tan claras de una decadencia anunciada a gritos.





**Me bastó ver su mirada para comprender mi error
y perdonarme por él**

De ahí pasé a juzgar a mis hermanos sin ninguna dificultad. Ellos se obstinaban en su error, se hundían en su agujero. Les estaba bien merecido.

Apenas pude hablar con Jesús. Me bastó ver su mirada para avergonzarme de mis juicios y diagnósticos sobre el Sanedrín. Él estaba siendo condenado injustamente y no abría la boca. No se quejaba. No les juzgaba y menos les

condenaba. Incluso oí como pedía a su Padre que los perdonara porque no sabían lo que hacían.



Jesús en medio del dolor era libre, se estaba entregando voluntariamente y era feliz

Era el colmo, pero era liberador. Ante la ofensa más repugnante, él respondía con ternura y comprensión. Vi que en medio del dolor tremendo era libre. La muerte y la condena no le sorprendían. Él se estaba entregando voluntariamente. Y era feliz. Tenía un propósito, una misión, un regalo que entregar y nadie se lo iba a impedir.

En cierto modo me pedía a mí que le ayudara, que no me dejara engañar por el odio, el juicio, la crítica. Aunque nadie quisiera recibir su regalo él estaba decidido a ofrecerlo. Yo lo acepté. Es un regalo que se marchita si no lo compartes. Me hizo capaz de perdonar yo también a mis hermanos, de no juzgarlos, de salvar su intención. Quiero ayudarlos, quiero comprenderlos, quiero escucharlos.

Obviamente he perdido mi posición en el Sanedrín pero he ganado un amigo, un confidente, un amor que me da alas y me ha perdonado toda mi cobardía y mi soberbia. He ganado también muchos hermanos. Ahora son míos de otra forma. Los quiero con el corazón de Jesús. Les miro con sus ojos. Son un tesoro para mí. Se equivocaron pero no sabían lo que hacían. Con mi suerte habrían descubierto el maravilloso don que yo estoy disfrutando. ¿Por qué Dios me lo regaló a mí y no a ellos? Para que yo se lo lleve. ¿Qué haré para pagarle a Dios su bondad sino repartir a manos llenas este tesoro?

CAPÍTULO 30

NICODEMO, EL HOMBRE QUE IBA A CONVERSAR CON JESÚS DE NOCHE



“Fue también Nicodemo -aquel que anteriormente había ido a verle de noche- con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras” (Jn 19, 39).



Cuando descubrí que Jesús estaba disponible por la noche, empecé a buscarle en esas horas de paz

Yo siempre buscaba a Jesús por la noche. Para mí ese momento siempre ha sido mágico. En la oscuridad me muevo con más soltura. Cuando todos duermen me suelo activar. Me encanta conspirar. En cambio por las mañanas soy hombre muerto. Hasta media mañana no sé ni cómo me llamo.

Por eso, cuando descubrí que Jesús por la noche estaba disponible, empecé a buscarle en esas horas de paz y sosiego. No me gustan nada las multitudes. Me ponen muy nervioso. He visto demasiadas veces cómo nos exaltamos cuando perdemos la identidad en medio de un grupo anónimo. Yo mismo lo he aprovechado cuando era joven para tirar piedras sin ser identificado o robar manzanas en medio del tumulto del mercado.

En esas confidencias con Jesús había grandes silencios. Nos escuchábamos muy a gusto y casi nunca nos interrumpíamos. Mejor dicho, él nunca me interrumpía, yo alguna vez sí.



Como rabino que soy, le fui preguntando todo lo que no entendía

Le fui preguntando todo lo que no entendía. Para un rabino como yo es muy complicado entender cómo Dios todopoderoso nos quiere a cada uno hasta el extremo de hacernos hijos suyos. Solo después de muchos años mi dura cabeza logró asomarse a esta realidad maravillosa.

Me empeñaba en aplicar mis categorías a las palabras de Jesús, que eran simples pero misteriosas. Creo que lo que más me servía era la cara que ponía y la paciencia con que me repetía una y otra vez lo mismo. Yo parecía un niño con pocas luces a quien hay que repetir las mismas cosas mil veces. Cada vez Jesús buscaba nuevos ejemplos, palabras diferentes, comparaciones más atrevidas. Sobre todo parecía que cada vez era la primera, la misma ilusión, la misma pasión y él mismo entusiasmo para hablar y transmitir el amor de su Padre por cada uno sin distinción.



El viernes en que murió entendí el realismo de sus palabras; sabía que lo hacía por mí, estaba dando la vida por sus amigos

Cuando Jesús se convirtió en un objetivo del Sanedrín, traté de disuadirle de ir a Jerusalén, pero retomó el tema que tanto le apasiona: dar la vida por los amigos. Muchas veces

quise pedirle que me pusiera un ejemplo porque me parecía una imagen preciosa, una bonita metáfora pero algo utópico. No me atreví, pero él debió de leer mi pensamiento. El viernes en que murió entendí el realismo de sus palabras. Sabía que lo hacía por mí. Tantas veces me había llamado amigo, me había acogido como uno de su grupo más íntimo, me había confiado sus secretos.



Tanto amaba Jesús a Nicodemo que todo le parecía poco. A mí me resultó muy sencillo después de tanto cariño, buscar

el permiso de Pilatos, enterrarlo y acompañar a María. Era la imagen viva de su hijo. Mejor dicho, Jesús era clavado a su madre, y más todavía cuando sonreían.

Reparar de algún modo lo que el Sanedrín había hecho me parecía la mejor conspiración posible y encima al límite del *sabbat* que se nos echaba encima. Todo eran alicientes. Estaba delante del cariño más inmenso que se pueda contemplar. Estaba devolviendo a Jesús tantos favores. Lo único que me pesaba es que ya no volvería a tener esas conversaciones por las noches y las lágrimas no paraban de regar mis ojos. María trataba de consolarme. No daba crédito a lo que veía, me sentía un hermano de Jesús al que su madre consuela a pesar de que su dolor es infinitamente mayor. Lo mejor de todo es que estaba equivocado. Nada más resucitar, Jesús me buscó una noche y tuvimos la mejor conversación de todas, la definitiva. Y además descubrí que a él le hacía todavía más ilusión que a mí.

CAPÍTULO 31

MARÍA DE CLEOFÁS, UNA DE LAS PRIMERAS MUJERES EN SER TESTIGOS DE LA RESURRECCIÓN



“Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro. (...) Mas el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: «No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor»” (Mt 28, 5-6).

Soy una de las tres Marías

En los momentos de la pasión y en la resurrección tuve la suerte de acompañar a la madre de Jesús. Soy una de las otras Marías. Madre de Santiago el menor y Judas Tadeo. Esposa de Cleofás, uno de los discípulos de Emaús.

Jesús trataba a mi familia de una forma muy cercana, íntima diría yo. A todos nos quería a rabiar. Disfrutaba con mis hijos y a mi marido lo quería como un hermano.





Tuve la suerte de acompañar a la madre de Jesús

Quizá lo mejor que me ha pasado en la vida fue que pude cuidar de su madre aquel viernes tremendo y que fui el domingo a embalsamar el cuerpo de Jesús. Creo que a ninguna mujer le gusta dejar las cosas a medias. Por eso el sábado fue un día de espera un poco larga. Queríamos dejar el cuerpo de Jesús como se merecía. Quizá eso nos sirvió para atenuar el dolor, para hablar de él sin pensar en lo traumático que había sido verlo en la Cruz. Nos distraía pensar en prestarle un último servicio. Deseábamos tener un detalle de cariño y de ternura con él y con su madre. Todas nos

poníamos instintivamente en su posición y admirábamos su fortaleza. Siendo frágil y sensible como era había demostrado tener una fe y un aguante como nadie imaginaba.

Por eso, aquella mañana ya estaba despierta cuando amaneció. Todas estábamos impacientes y sentíamos algo que no sabría cómo describir. Salimos las tres Marías, la Magdalena, la madre de Juan y Santiago y una servidora. No decíamos nada. Ya habíamos hablado suficiente el día anterior.

No digo que corriéramos, pero claramente no estábamos dando un paseo matutino. Era una carrera contra el tiempo. Queríamos volver a ver el rostro amable y joven de Jesús. La piedra era lo de menos. Ya pensaríamos cuando estuviéramos allí. Quizá en eso de tener mucho corazón es una ventaja porque uno no piensa tanto. Y entonces vino aquella sorpresa. La losa corrida y aquél joven que nos dio la gran noticia: ¡Ha resucitado!



¡Jesús había resucitado...!

¡Ha resucitado...! ¡No podíamos creerlo! Empezamos a gritar como locas y a abrazarnos en medio de un mar de lágrimas de alegría. Yo creo que aquel joven tuvo que derrochar paciencia porque no le hicimos caso durante varios minutos. Quería darnos un mensaje para los apóstoles pero las tres hablábamos a la vez y decíamos cosas preciosas, inconexas y maravillosas. Las tres nos oíamos y mezclábamos

nuestras lágrimas, la risa, la emoción y la ansiedad por correr a contarlo.



De repente, dejando al joven un poco plantado, aunque solo nos dimos cuenta después, echamos a correr hacia el Cenáculo. Teníamos que contárselo a todos, teníamos que darles la noticia. Debían saberlo cuanto antes. Yo pensé en Cleofás, que ya hacía planes para volver a nuestra aldea, Emaús. Sin embargo, tengo que reconocer que en el camino me olvidé completamente de él porque de repente se nos apareció el mismo Jesús y nuestro gozo fue completo. No podíamos creerlo. Estaba ahí, más guapo, más joven y más sonriente que nunca. Ahora todavía quería correr más y

pensé en la alegría que le daría a la madre de Jesús la noticia.



La alegría que vi en el rostro de la Virgen no se puede describir

Al llegar a casa, María Magdalena y María Salomé se fueron a contárselo a los apóstoles. Yo busqué a María y la encontré en su habitación, muy tranquila y con ojos de haber llorado mucho y dormido poco. Estaba preciosa de cualquier modo. Entonces le dije lo que habíamos visto. Lo que vi en su rostro no se puede escribir. La alegría que desprendían no la he vuelto a ver en nadie más. Me dijo que ya había visto a Jesús, que había ido a verla y que era maravilloso lo que había sucedido. Que Dios siempre hace las cosas muy bien y que no sabía cómo expresar lo que había sucedido. Entonces me dio un abrazo que todavía me dura. Me apretaba fuerte y podía sentir su emoción, su cariño por Jesús y por nosotros, ahora sus hijos.

Madre mía, alégrate porque Jesús ha resucitado y ayúdame a que yo me llene de tu misma alegría, la de tenerle ya para siempre conmigo.

CAPÍTULO 32

LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS, DE LA DESILUSIÓN AL SUBIDÓN



“Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios” (Lc 24, 13).

Los discípulos de Emaús

EL OTRO DISCÍPULO: Íbamos hablando de la pena tan grande que sentíamos porque Jesús no había sido el que esperábamos: el Mesías, el Salvador, un profeta triunfador. Vaya chasco nos habíamos llevado. ¡Qué infelices! ¿Te acuerdas, Cleofás?

CLEOFÁS: Como si fuera ayer. Yo me lamentaba de haber sido tan ingenuo. Me reprochaba a mí mismo no haber sido un poco más crítico con mis emociones y haberme dejado llevar por el corazón. En ti era más comprensible. Siempre has sido un idealista.

EL OTRO DISCÍPULO: De repente, Jesús apareció en un cruce y nos saludó. Su sonrisa y su amabilidad fueron un regalo en medio de aquella amargura, un suspiro.

CLEOFÁS: Es verdad. Pero teníamos los ojos tan irritados por las lágrimas y el dolor que no le reconocimos. Yo sentí algo conocido, como una ilusión, pero enseguida volvió, aún con más fuerza, el rencor y la tristeza..



Nos llamó necios...

EL OTRO DISCÍPULO: Es curioso, pero siempre soy muy susceptible. Sin embargo, cuando Jesús nos llamó «*necios y torpes de corazón*» me pareció hasta un halago. Era como si me liberase de un peso enorme. Como si me dijera que todo lo que habíamos pasado no era verdad, como el despertar de una pesadilla.

CLEOFÁS: Yo en cambio me enfadé todavía más. Me indignó que ese forastero no supiera nada de Jesús. En el fondo, estaba buscando una forma de compensar mi vergüenza, mi temor, mis inseguridades y fue como si pudiera descargarlo todo en ese desconocido. Salté como un muelle y empecé a juzgarlo en mi interior. ¡Vaya espabilado! Si que estás bueno, pensé. Pero cuando empezó a explicar todo me derrumbé totalmente. Todo lo que había aguantado y controlado empezó a intentar salir a borbotones y me vinieron al corazón muchas palabras de Jesús. Se me hizo un nudo en la garganta. Era como si no oyera ya al caminante que habíamos encontrado.



Era la primera vez que yo sonreía desde el jueves

EL OTRO DISCÍPULO: Fue entonces, mientras estábamos los dos embobados escuchándole, cuando llegamos a Emaús. A mí hasta se me había olvidado qué habíamos ido a hacer. Y de repente, sin coordinarnos, a la vez y como una sola voz, le dijimos: «*Quédate con nosotros*».

CLEOFÁS: Me acuerdo, como si fuera ahora, que yo maticé: «*Es que se hace tarde*». Vaya excusa más patética. Pero tenía que decir algo. Tenía que romper un poco la tensión. Había que quedarse con él. Vi su cara y lo decía todo. Le hizo una ilusión tremenda quedarse. No se atrevía a decirlo por no molestar pero le encantó la idea.

EL OTRO DISCÍPULO: Tú y yo nos miramos. ¡Bien! ¡Vamos! Lo habíamos conseguido. Era la primera vez que yo

sonreía desde el jueves. Me sorprendió encontrar en mi corazón una pizca de felicidad y me dolió sentirme así mientras Jesús había muerto en la Cruz. Él nos miraba atentamente pero ya no fingíamos.

CLEOFÁS: Empecé a imaginar cosas muy extrañas: y si las mujeres tenían razón, y si fuera real que Jesús había resucitado. Las palabras del forastero habían encendido una pequeña lumbre y yo me esforzaba por sofocarla. No era posible. Estas cosas del corazón, esos sueños y deseos no pueden ser reales, me repetía sin parar. Me resistía a creer porque era demasiado feliz. Era un final imposible, demasiado bueno para una historia tremenda, demasiado amarga.



Comprendimos todo de golpe

EL OTRO DISCÍPULO: Entonces todo ocurrió rapidísimo. Nos sentamos a la mesa, tomó el pan, lo partió y nos lo pasó y como si nos cayéramos de un árbol, comprendimos todo de golpe. Era verdad. Había resucitado. ¡Qué fuerte! ¡Y sobre todo qué suerte! «*Necios y tardos de corazón*». Qué palabras tan maravillosas. Nunca me había pasado que palabras tan ofensivas y directas me parecieran un cumplido.

CLEOFÁS: Además, Él desapareció enseguida, antes de que pudiera reprocharle que había jugado con nuestros sentimientos. ¡Qué cretino soy! Corrimos hasta Jerusalén. Éramos otros. Estábamos felices, entusiasmados, eufóricos. Yo

me olvidé del bastón y de la alforja en Emaús. Y sobre todo me dejé mi miedo, mis cálculos y mis reproches. Dios siempre gana: siempre da más, antes y mejor. Y yo estoy encantado de perder, por una vez en la vida, pero para siempre.



CAPÍTULO 33

EL DISCÍPULO QUE MÁS TARDÓ EN RECONOCER A JESÚS RESUCITADO



“Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente»” (Jn 20, 27).



La vocación de Santo Tomás

Me fío muy poco de los demás y menos de mí mismo. Soy tan frágil. Me quiebro siempre en los mejores momentos. Por

eso necesitaba ver, no solo aquel domingo en el Cenáculo, sino siempre. Hasta aquel momento yo no había entregado mi vida, no le había dicho que sí de verdad. Solo estaba probando a Jesús, valorando si merecía la pena estar con Él, midiendo mis fuerzas y las suyas.



Nunca me había gustado tanto perder una apuesta

Pero ese domingo, una semana después de la Resurrección, Jesús me ganó el corazón, derrumbó todas mis resistencias, me regaló su libertad, me hizo ver que **no me reprochaba nada**, que no estaba enfadado. Disfruté viendo su sonrisa vencedora. Nunca me había gustado tanto perder una apuesta, salir vencido en un combate: «*Ven aquí, Tomás, cabezota, ya verás qué maravillas vamos a vivir juntos*». Me lo decía todo con los ojos: se le veía emocionado de volver a verme. «*Qué idiota he sido*» recuerdo que pensé, pero a la vez me sentía tan feliz y en paz, que no me importaba haber hecho el idiota. Jesús me pagaba con una entrada en primera fila en sus llagas, en su corazón.



El que más tardé en reconocerlo

Eso fue lo que me ganó, lo que me desarmó, lo que me derrotó definitivamente. Él me amaba incondicionalmente y eso para mí era la clave. Yo soy muy amarrón. **Me gusta tenerlo todo controlado**. Y Jesús me hizo saber que me

quería así, que Él lo sabía desde el principio, que estaba junto a mí y que me ayudaría a fiarme más y más.



Por eso veo mi vocación como un regalo. Porque era justo lo que yo necesitaba. La **seguridad** que nadie me iba a dar, Jesús me la regaló. Yo me sentía querido como nunca, pasase lo que pasase. Todos habíamos traicionado al Maestro, y yo el que más tardé en reconocerlo, pero Él me pagaba, a cambio, con el primer puesto. **Me sentí libre.**

Por primera vez intenté decirle a Jesús que sí, que yo también querría amarle así, libremente, sin condiciones. Y Él

me demostró que eso le consolaba, que le hacía feliz: ¿qué más se le puede pedir a la vida? Solté amarras y mi barco acabó muy lejos, en Oriente, hablando a todos los que encontraba del mejor regalo que uno puede recibir en el cielo y en la tierra: un Dios entusiasmado contigo y sediento de tu amistad.



Mandó que fueran a buscarme

No os cuento, porque no existen palabras, cómo vi de reojo unas lágrimas de emoción correr por la mejilla de María, cuando yo aparecí. Sé que fue ella la que mandó que fueran a buscarme donde yo me había escondido para que nadie me encontrara. Al verme de nuevo allí con su Hijo, supe que la hacía la mujer más feliz del mundo. Eso hizo que mereciera la pena todo lo que Jesús y yo habíamos sufrido hasta ese momento.

CAPÍTULO 34

MATÍAS, EL APÓSTOL ELEGIDO A SUERTES



“Les repartieron suertes, le tocó a Matías, y lo asociaron a los once apóstoles” (Hch 1,26).

La vocación de San Matías

«¿Yo? Pero... ¿Seguro que no te equivocas, Pedro? Piénsalo bien, por favor. Por mí encantado, pero no respondo».

Estas fueron mis torpes palabras cuando Pedro me comunicó que el Espíritu Santo me había elegido para sustituir al pobre Judas. Entraría a formar parte del grupo de los Doce. ¿Por qué yo?



Le gusta mucho ir contra «lo que siempre se ha hecho»

Porque a Dios le da la gana. Es el motivo por el que actúa siempre. Porque Dios ama libremente y no calcula. Porque **suele elegir a los menos capaces**, para que sea

patente que su gracia es la que hace todo. Porque disfruta con los pequeños y los pobres. Porque lo que busca es nuestro corazón. Porque es Bueno. Porque es muy majo. Porque es eterna su misericordia. Porque Él decide cómo ser feliz y elige la manera menos lógica, la más sorprendente. Le gusta mucho ir contra las apuestas, las previsiones, *«lo que siempre se ha hecho»* y lo que *«todo el mundo piensa»*.



Me imagino que sustituir a Judas no es algo agradable para nadie. Menos lo era para mí. Judas y yo éramos muy amigos. Yo le debo muchas cosas, muchos momentos compartidos de misión, muchas alegrías y muchos dolores

pasados juntos. Su final, al menos el que nosotros vimos, nos dejó a todos helados, destrozados y sin saber cómo reaccionar.

Nadie se imaginaba una cosa así. Lógicamente ese día se mezclaron miles de sentimientos en mi interior. Pero la muerte de Judas y su traición no fue una parte pequeña de mi dolor y estoy seguro que tampoco del de Jesús.



Jesús se arriesgó conmigo

No me aplastaba todo esto, gracias a lo que había visto en Jesús y a lo que había comprobado mil veces: su forma de pensar no es la nuestra. Su corazón no reacciona mezquinamente como el nuestro. Él me pedía que le acompañara, se hacía cargo de lo que sentía, del miedo mezclado con el dolor y el vértigo. La desesperación se pega rapidísimo.

Sin embargo, con Jesús todo era posible. Incluso que yo fuera un Apóstol. Echaron a suertes y salió mi nombre. Nadie habría apostado por mí. El otro candidato, por sobrenombre “justo”, era el que todos deberían haber preferido, también Jesús. Pero Él confió en el que nadie esperaba. Jesús se arriesgó conmigo, incluso después del golpe tremendo que supuso para Él la traición de Judas. No reaccionó a la defensiva. Atacó y volvió a confiar en un hombre que no daba demasiadas esperanzas. Nadie conoce mi sobrenombre, y no lo voy a revelar después de tantos años. Siempre he tenido mucha suerte, y aquel día no fue una excepción, sino el

regalo más grande, la suerte más inesperada, la alegría más plena.



Yo soy el que te ha llamado

Quizá todo os parece un poco tremendo. A mí no, porque veía la cara de Jesús y me daba una paz indescriptible. Él me susurraba: *«Serás fiel, serás Apóstol, llevarás mi luz y mi salvación hasta el último confín de la tierra. De vez en cuando, te caerás, te tropezarás, te hundirás; pero esos momentos serán claves para recordar que Yo estoy contigo, que Yo soy el que te he llamado, que no eres tú el que me ha buscado, sino que soy Yo quien te ha elegido. Matías, eres mío, para siempre, para siempre, ¡para siempre!».*

CAPÍTULO 35

SANTIAGO EL MENOR, «SI DIOS QUIERE, TODO SALDRÁ BIEN»



“Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo" (Hch 1,13).



Con el tiempo he aprendido que es Dios quien hace todo

No tiene ningún mérito por mi parte, pero me siento orgulloso de ser primo de Jesús y de que María sea mi tía, lejana, pero mi tía. Somos de la misma familia. Dios todopoderoso eligió mi familia para encarnarse. ¡Qué regalo tan grande! No puedo decir qué responsabilidad, porque he aprendido con el tiempo que es Dios quien hace todo. Yo no me preocupo ya. Bueno, eso me gustaría. Digamos que no me preocupo tanto como antes.



Dios me quiere feliz y que *si Dios quiere*, todo saldrá bien

He descubierto que Dios me quiere feliz y que *si Dios quiere*, todo saldrá bien. Se podría decir que este es mi lema episcopal. He sido el primer obispo de Jerusalén. *Si Dios quiere*. Es todo un programa. También cuando intento que mi fe no esté muerta y se manifieste en las obras. *Si Dios quiere*. Porque a mí se me ocurren miles de cosas buenas para hacer. Si Dios quiere, porque termino por no hacer la mitad.

Es que sin él, solo recojo cansancio, agotamiento y falta de ilusión. *Si Dios quiere* las cosas saldrán a su tiempo. Escribí una carta a todos los cristianos para contarles alguna cosa de las que había escuchado a Jesús. Algunas de las cosas que no he olvidado, que se me han quedado tan grabadas en el corazón que cuando las pienso o las digo me parece que le estoy viendo a él.

Si Dios quiere, entonces yo también lo quiero. *Si Dios quiere*, la vida es maravillosa y no me importa lo que pase. *Si Dios quiere*, él hará eficaces mis pobres esfuerzos como le dé la gana. No tengo que decirle a Dios cómo tienen que salir las cosas. No quiero ponerle condiciones porque su modo de llevar a cabo la Redención es mucho más rápido, bonito y apasionante.



Estaba ciego, solo pensaba en lo que yo quería; hasta que descubrí este secreto: *si Dios quiere*

"*Si Dios quiere*" es una frase que me ayuda a comprender por qué mi fe tiene que manifestarse en mis obras. Por qué mi fe no son palabras bonitas, no son solo pensamientos o algo interno. Me transforma porque me hace feliz en medio de mis luchas, debilidades y dudas. Me lleva a no quedarme de brazos cruzados esperando que las cosas sucedan. Me empuja a buscar el rostro de Dios escondido en los demás. Sobre todo me estimula para encontrar los regalos que Dios me hace a cada instante y que me suelen pasar desapercibidos. ¡Qué desagradecido he sido durante muchos años! Ahora procuro no dejar pasar la menor ocasión de mostrarle a Dios lo feliz que soy con él. Él sí que manifiesta con obras su amor.

Él es el que no para de mostrarse en mil detalles. Yo estaba ciego. Solo pensaba en lo que yo quería. Hasta que descubrí este secreto: *si Dios quiere*.



Soy el número nueve de los apóstoles

En los evangelios no se dice nada de mí. Solo que soy el número nueve de los apóstoles. Es suficiente y a mí me encanta porque siempre me ha gustado la discreción. No se dice nada pero ya os imagináis que yo no paraba, siendo una persona tan inquieta. Muchas veces Jesús tenía que pararme y decirme que lo importante era lo que su Padre hacía. Yo ponía siempre cara de asombro porque era algo imposible de comprender para mí. Sin embargo, su paciencia y su ayuda, me hicieron descubrirlo al final. Ahora soy capaz de entender que su gracia es la que hace todo y por eso me dejo ayudar. Dios no me pide que me quede parado. Solo me ayuda a que me deje querer incondicionalmente, no por lo que hago. Yo, con su ayuda, trato de corresponder, pero su Amor no se basa en mis resultados.





Su Amor no se basa en mis resultados

Mi madre estuvo en la Cruz, donde yo no tuve fuerzas ni valentía. Después de todas las promesas hechas a Jesús... no fui capaz. Eso me sirve para recordar y convencerme de que él me quiere y me lo perdona todo. Mi madre me lo recuerda. Ella estaba sufriendo mucho aquel viernes porque no habíamos sido capaces de acompañarle pero Jesús le dijo que seríamos fieles y que nos convertiríamos en columnas de la Iglesia. Ella me lo repite en cuanto nota, me conoce genial, que me estoy preocupando un poco.

Mi hermano es Judas, no el Iscariote. Yo soy Santiago, no el Mayor. Mi madre es María, no la Magdalena y mi padre es Cleofás, el verdadero Cleofás. Tuvo la suerte de marcharse a Emaús el domingo. Yo creo que lo hizo para no dar la razón a mi madre, pero Jesús se sirvió de eso para demostrar que ha elegido a mi familia, que no nos va a dejar, que nos quiere muy cerquita y que nos necesitamos unos a otros.

CAPÍTULO 36

SANTIAGO EL MAYOR, EL PRIMER APÓSTOL EN DAR LA VIDA POR JESÚS



“Jesús replicó: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?». Contestaron: «Podemos»” (Mt 20, 22).



Mi madre le pidió que nos sentáramos uno a la derecha y otro su izquierda en el Cielo

Vaya suerte he tenido. Jesús me conocía muy bien. Sabía que soy muy competitivo; que lucho hasta por acabar primero el desayuno, y no digamos cuando está en juego el prestigio. Para mí es clave que la gente te respete y eso solo lo consigues si demuestras que vales. Por eso Jesús me puso a mandar. Yo le había pedido, a través de mi madre, que nos colocara a Juan y a mí a su derecha e izquierda en el cielo.



¿Podéis?... ¡Podemos!

Entonces Jesús me hizo la gran pregunta: «*¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?*» Bastaba preguntarme eso para que yo me lanzara como una pantera: «*Podemos*» (*possumus!*). Cuánto debió de reírse Jesús por dentro. Yo creo que se emocionó. Vio nuestras ganas, las mías sobre todo de ser el más..., de **demostrar nuestro amor por Él**. Vio también claramente lo poco que nos conocíamos a nosotros mismos. Sonrió con picardía y complicidad.

Sabéis perfectamente que me dormí en el Huerto de los Olivos, que huí de la Cruz el primero, que desconfié de las mujeres y no me atreví a ir con Pedro y Juan al sepulcro. Yo soy más rápido que Juan de toda la vida, pero estaba destrozado. Le quería tanto al Maestro que no quería dejar que naciera otra vez la ilusión. No iba a poder soportar un segundo mazazo como el del Calvario. Me hacía tanta ilusión que resucitara que no dejaba que ese sentimiento creciera en

mi corazón. Soy mucho más sensible que Juan pero siempre he conseguido que no se note. Ahora no iba a dejar que la emoción me perdiera...



El primer Apóstol en dar la vida por Él

Fue entonces cuando sucedió el mejor final, o el mejor principio de esta aventura. Jesús resucitó, tal como nos lo había anunciado. ¡Qué torpes éramos! ¿Por qué no le creíamos? No lo sé, puede que fuera porque **lo que decía era demasiado bonito para ser real.**

Muchas veces había pensado que Jesús era un poco ingenuo. No se daba cuenta de que la gente a veces no es de fiar: yo el primero. Pero él se fiaba un montón de nosotros. De mí el que más y me dijo que yo sería el pastor de Jerusalén y como un secreto me contó que sería **el primer Apóstol en dar la vida por Él**. Qué orgullo: ser el primero pero para Dios, no para los hombres. Él me curó toda mi tontería humana con esas palabras: **Yo te he elegido**. Y me dijo: *«Gracias, Santiago, vas a abrir un camino que llegará hasta el fin del mundo»*.



CAPÍTULO 37

UNA MADRE SIEMPRE QUIERE LO MEJOR PARA SUS HIJOS: UNO A LA DERECHA Y OTRO A LA IZQUIERDA DE JESÚS



“Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda” (Mt 20, 21).

La vocación de Salomé, madre de Santiago y de Juan

Siempre he soñado mucho con mis hijos: su futuro, sus planes, sus familias, sus miedos y, sobre todo, los míos. No quería que repitieran mis fallos. Son todo lo que tengo en la tierra, además de su padre Zebedeo, que es un tesoro. Mejor dicho, son lo que Dios me ha dado sin yo merecerlo. Por supuesto que les riño muchas veces, sobre todo cuando llegan tarde a cenar o dejan desordenada su habitación. Han crecido mucho, pero no mejoran.

Muchas veces pienso si no he sabido ayudarles, estar a la altura, ser una buena madre, pero todo eso se me pasa cuando los veo con Jesús. Si están con él no pasa nada. Por eso hoy me he atrevido a pedirle que nunca se separen de él,

que estén uno a su derecha y otro a su izquierda en el cielo. Luego me he sentido ridícula, pero era como si Jesús me animara a decir lo que llevaba en el corazón. No me ha puesto mala cara. Se adivinaba una sonrisa llena de picardía y orgullosa en sus labios. Le han brillado los ojos al responder. Me ha hecho comprender que mi petición le encantaba. He visto en su rostro cómo se parece a María, su Madre.



Lo importante es estar dentro de su corazón

En otras palabras, me ha dicho que lo importante no es estar a su derecha o su izquierda sino dentro de su corazón.

Yo sé que Juan y Santiago están muy dentro. Lo veo cuando habla con ellos, cuando les llama, también cuando les corrige. Eso me encanta, tengo que reconocerlo. Si Jesús, el Maestro, les corrige como yo, es que yo tengo razón, después de todo. Lo malo es que Jesús les corrige de una forma única, y yo no creo que sepa hacerlo tan bien..



**Dios ha cambiado mis planes constantemente,
pero siempre a favor**

He sufrido mucho cuando se fueron de casa, cuando llegaron rumores de que habían apresado a Jesús, cuando lo crucificaron. Estuve con su madre, pero ellos fueron cobardes. A Juan se lo trajo Ella a la Cruz, imenos mal! Le pedí perdón a María por la traición de mis hijos y me dijo que no me preocupara: que serían dos columnas firmes para la Iglesia. ¡Yo no podía creerlo! María me decía ahora justo lo que yo había pedido a Jesús pero de una forma mejor. Dios ha cambiado mis planes constantemente, pero siempre a favor. Es difícil comprenderlo en el momento en que sucede, pero saber que Dios los quiere más que yo me llena de paz.



Dios no te roba los hijos, te los devuelve mejorados

Al principio me parecía imposible, pero luego lo he visto hecho realidad y lo asombroso es que no me da nada de envidia, ni siquiera cuando le dijo a Juan que María sería su madre en adelante. No me he sentido desplazada, sino todo

lo contrario: confirmada como madre, respaldada como nunca y valorada hasta extremos insospechados. Ha crecido mi amor a mis hijos porque ahora Dios me ha hecho ver más claro lo majos que son y lo agradecido que está por cómo los he cuidado y por cómo los quiero. ¡Qué bueno es Dios y qué feliz soy: parecía que me los robaba y me los ha devuelto más guapos que nunca! Su vocación es la mía: madre de los dos apóstoles más majos. ¿Qué más puedo pedir?

ACERCA DEL AUTOR



Diego Zalbidea fue ordenado sacerdote en Roma. En la actualidad, es profesor de Derecho Patrimonial Canónico en la Facultad de Teología de la [Universidad de Navarra](#) y es capellán de distintas asociaciones juveniles. Es uno de los colaboradores más activos de Arguments.

Es autor también de “[Cartas a San Lucas](#)” sobre la Virgen, disponible y gratuito en nuestra web.